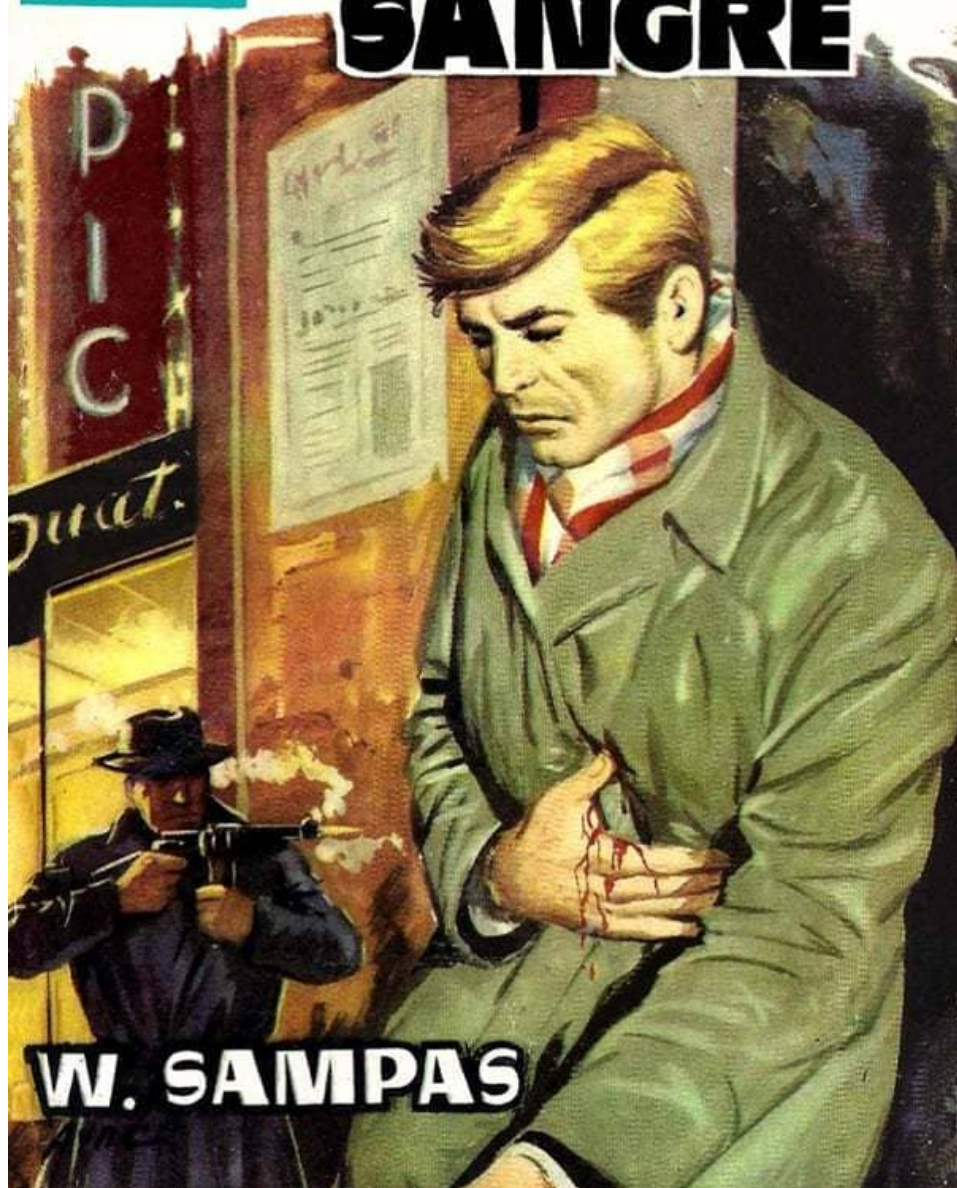


S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

PRUEBA DE SANGRE



W. SAMPAS

Se había detenido, definitivamente, bajo el falso día de los reflectores, y su audaz silueta se erguía ahora, monumental y aerodinámica, sobre el suelo de la pista.

Era la astronave que acababa de llegar de Venus, con pasajeros y carga, posándose, al final de un viaje sin historia, como todos los demás, en el moderno y extenso espaciódromo de la ciudad de Los Ángeles.

Robert esperaba al final de la pista.



W. Sampas

Prueba de sangre

Bolsilibros: S.I.P. (Spacial International Police) - 29

ePub r1.0

Lds 24.03.17

Título original: *Prueba de sangre*

W. Sampas, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



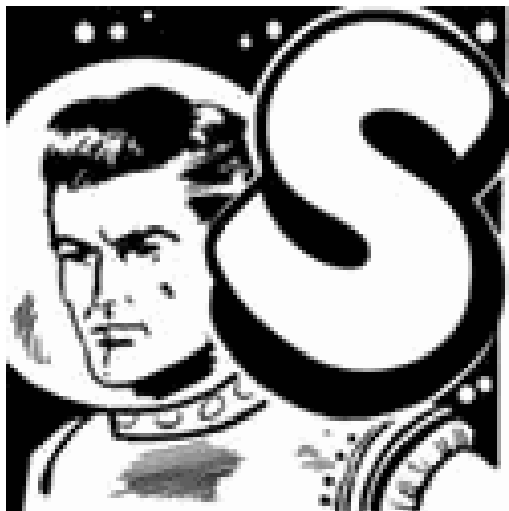
PRUEBA DE SANGRE



PRUEBA DE SANGRE



CAPÍTULO PRIMERO



e había detenido, definitivamente, bajo el falso día de los reflectores, y su audaz silueta se erguía ahora, monumental y aerodinámica, sobre el suelo de la pista.

Era la astronave que acababa de llegar de Venus, con pasajeros y carga, posándose, al final de un viaje sin historia, como tocos los demás, en el moderno y extenso espaciódromo de la ciudad de Los Ángeles.

Robert esperaba al final de la pista.

Se había colocado en un lugar desde el que podía vigilar cómodamente el paso los pasajeros, esperando Que aquella noche tuviese suerte. Hacia sólo tres minutos que, sirviéndose del transmisor de pulsera, comunicó a la central local de la SIP que la astronave acababa de arribar, y ahora, apoyado en una de las columnas de la superestructura del campo, tenía la mirada fija en la pasarela que acababa de salir del corazón del monstruo volador.

Esperaba a un hombre.

Los datos que de él tenía, transmitidos desde Venus, por un agente de la Spacial International Police, de aquel planeta, eran vagos:

Seis pies y medio de altura, rostro canino, vestido impecablemente, marcha un tanto balanceante, dedos llenos de sortijas de valor, cabellos y cejas rojizos, boca y nariz normales...

Poca cosa; pero, sin embargo, detrás de aquella personalidad neutra, de aquel hombre corriente, se ocultaba el misterio de la llegada a la Tierra, no se sabía aun cómo, de la droga más peligrosa que la naturaleza había producido: la venusina.

Mil veces más activa que la heroína, estaba sembrando la degeneración en las grandes ciudades americanas y ya empezaba a llegar hasta Europa, aumentando el número de víctimas, ya que después de un año de emplearla, pocos eran los que escapaban a la locura o al suicidio.

La SIP había tomado cartas en el asunto hacía menos de un año, realizándose centenares de detenciones que no condujeron a nada.

Y fue entonces cuando el Servicio, en Venus, comunicó que aquel hombre podía explicar el misterio de la llegada a la Tierra de la venusina, puesto que parecía estar en relación con los «medios productores» de allá.

Robert encendió un cigarrillo.

En el fondo estaba agradecido a Callowan, de que le hubiera encargado aquella misión, alejándole por el momento del ambiente de la SIP, justo en el momento en que el escándalo «Doe» acababa de estallar.

Se mordió los labios.

¿Cómo podía su hermano Dink haber hecho aquello vendiéndose a los personajes influyentes de Los Ángeles, en detrimento de sus deberes como agente de la Spacial International Police?

¡No podía entenderlo!

Dink había sido siempre para él, hermano menor, una especie de ídolo. Ingresado en la SIP mucho antes que él, Dink demostró ser un agente de la élite, un tipo de los duros, a los que Donald Callowan, el «viejo», encargaba siempre los trabajos más difíciles, las misiones más peligrosas, sabiendo que Dink Doe se saldría siempre con la suya.

¿Qué le habría ocurrido a Dink para convertirse, de la noche a la mañana, en un repugnante vendido, llegando a hacerse expulsar del Servicio?

Mejor era no pensar en ello.

Quizá por eso, el «viejo», psicólogo como nadie, le había, encargado la vigilancia del espaciódromo, esperando que descubriese al hombre «de andares de pato»; pero, al mismo tiempo, deseando que Robert dejase de pensar en lo que le había ocurrido a su hermano.

Dominando la tensión nerviosa que los recuerdos le producían, Robert concentró toda su atención en los pasajeros, que ahora empezaban a descender por la pasarela. Desdó donde estaba, a unos treinta metros de la astronave, podía observarlos con comodidad, sin ser visto por ellos.

Los que ahora desfilaban ante él eran los habituales clientes de las Compañías Astronáuticas: hombres de negocio, parejas de recién casados, turistas ricos, etc.

Por ejemplo, aquella muchacha rubia que estaba precedida por un criado que llevaba media docena de hermosos perros, con los que la joven debía viajar siempre, llevándolos a todas partes, sin fijarse en la alta tarifa que debía pagar por ellos.

Un sacerdote protestante salió; alejándose hacía los coches que esperaban un poco más allá, luego fue una pareja con sus retoños, después unas muchachas procedentes, sin duda alguna, de una Universidad, que probablemente hacían un viaje de estudios.

Y de repente...

Sí, no cabía duda que era él, el hombre de «andares de pato», con su traje gris, su pequeña maleta de cuero verdoso, su sombrero de fieltro gris...

Era inconfundible.

Robert tiró el cigarrillo dispuesto a dirigirse a su coche en el que seguiría a aquel hombre, hasta poder saber quién era el que lo recibía y amparaba en la ciudad.

Era como el eslabón de una cadena que debía conducirlo hacia el corazón de la organización criminal que introducía la droga procedente de Venus. Ninguna de las investigaciones hechas en las astronaves había dado resultados positivos; pero, si no se podía saber cómo llegaba la droga a la Tierra, al menos, siguiendo a aquel

individuo, conocerían el destinatario en Los Ángeles, cuya detención podría aclarar el misterio.

El hombre de «andares de pato» es dirigió hacia la zona de los coches, haciendo una seña a un «taxi», en el que montó, después de dar al chófer una dirección que Robert no pudo oír.

Pero poco le importaba.

Su propio coche salió disparado, instantes después, por la pista que conducía a la ciudad. Cogiendo el volante con una mano, el agente encendió otro cigarrillo, teniendo que confesarse que estaba un poco nervioso —emocionado, mejor dicho— puesto que parecía intuir que aquella pista era una de las buenas.

Sonrió.

Quizá la definitiva.

Cuando la autopista desembocó, de golpe, en la moderna Harold Avenue, el agente se colocó detrás del taxi, procurando no perderlo, a medida que éste se metía en el tráfico de una circulación que en aquellas primeras horas de la noche se hacía intensa.

Estaba pensando en la dirección que el vehículo seguido tomaría cuando éste se detuvo, ante un local de la zona baja, uno de los más elegantes centros de diversión de la ciudad.

—El «Blues».

De un golpe hábil de volante, Robert introdujo su coche entre los que ya estaban aparcados, descendiendo rápidamente, a tiempo de ver que el tipo «patoso» entraba por el chorro de luz que despedía la puerta del local.

Le siguió.

El «Blues» estaba concebido de una manera audaz y moderna, no habiéndose ahorrado sacrificio alguno para proporcionarle todo lo necesario al regalo del espíritu. Grandes columnas huecas, iluminadas por el interior, lanzaban sobre la sala una luz matizada, de tono variable, que producía una sensación de paz a los temperamentos nerviosos que el alcohol excitaba más de lo necesario.

El agente penetró, percatándose de que aquello empezaba a estar verdaderamente animado. Además de las mesas ocupadas, que eran muchas, la pista estaba casi completamente llena y la orquesta, invisible desde la sala, dejaba caer sobre ella una melodía cuyas notas parecían enroscarse y reptar, como un hilo de humo

demasiado denso para elevarse.

No tardó mucho Robert en ver al hombre de «andares de pato» justo cuando éste penetraba por una puerta, al fondo, casi disimulada detrás de una de las columnas iluminadas internamente.

Cruzando la sala, iba a dirigirse hacia aquella puerta cuando, de repente, tropezó con algo que se había cruzado súbitamente en su camino, teniendo que sujetar a aquella persona, para no perder el equilibrio ni que tampoco lo perdiese la otra.

Pasados los primeros segundos, Robert miró a la muchacha que había caído tan inesperadamente en sus brazos. No le cabía duda alguna de que se trataba de aquella caprichosa que había visto salir de la astronave, con un grupo de perros, lo que le llamó la atención desde que había empezado a vigilar en el espaciódromo.

—¡Perdone...! —susurró.

Pero no tuvo tiempo de decir más, porque ella, desasiéndose, se alejó, perdiéndose entre las parejas que bailaban por aquella parte.

¿Cómo era posible que aquella rubia hubiera tenido el tiempo suficiente para llegar a su hotel, cambiarse de traje y estar aquí, mientras él había venido, siguiendo al hombre, sin detenerse en parte alguna?

Se encogió de hombros, sonriéndose, mientras se decía que no debía romperse la cabeza intentando explicarse ciertos hechos de las mujeres, ya que cuando querían eran capaces de realizar proezas de todos los tipos.

Lo que le interesaba ahora era el hombre.

Así, reanudando su camino, llegó hasta la pequeña puerta, viendo, al empujarla, que estaba abierta.

Un estrecho pasillo, parcamente iluminado, seguía detrás de la puerta, un trazado ligeramente curvado hacia la derecha. Y al fondo, como pudo ver, había una sola puerta, con un letrero sobre el cristal traslúcido en el que se leía «PRIVATE».

Recorrió el pasillo, deteniéndose ante la puerta. Su mano derecha se posó dulcemente, sobre el pomo, moviéndolo, en sentido giratorio y empujando después con suavidad.

La puerta cedió.

En contra de lo que Robert esperaba, no había despacho alguno en la estancia, que más parecía un «living» lujoso, con muebles amplios y cómodos y un bar elegante en uno de los ángulos.

De espaldas a la puerta y junto al bar, había una mujer.

Robert se quedó en el umbral, sin saber qué hacer, recorriendo la estancia con los ojos y preguntándose por dónde diablos podía haberse metido el hombre de «andares de pato».

Fue entonces cuando ella se volvió, requiriendo toda su atención.

Era alta.

Una cascada de fuego le caía sobre los hombros desnudos, formando un contraste delicioso con la piel blanquísima. Tenía uno de los brazos replegado, sosteniendo entre sus largos dedos un vaso completamente lleno. A los cuatro metros de distancia que le separaban de ella, el agente pudo contemplarla allí, erguida, escultural, con aquel traje negro que realzaba su belleza, ciñéndola como una segunda piel.

Tenía un óvalo regular, una nariz un tanto respingona una boca de labios bien dibujados, un poco gruesos y carnosos. Bajo las arqueadas cejas, singularmente dibujadas, los ojos, verde marino, brillaban, con mil luces, encerrados entre las largas y sedosas rejas de las pestañas.

No le sonreía, pero había algo en la luz de sus pupilas que parecía una expresión divertida de la muchacha.

—¿Por qué se queda a la puerta? —inquirió.

Robert avanzó hacia ella y echando una ojeada a su alrededor:

—Busco a un hombre, que debe haber entrado aquí.

Y le imitó, aunque a Robert le pareció mucho más gracioso que el andar del otro, sonriendo de buen humor.

—Sí, ése es. ¿Le ha visto?

Ella no contestó directamente a su pregunta:

—Se llama Pete... Pete «Noséquémás». Tengo una memoria malísima para los nombres.

Y como el agente no dijese nada:

—¿No quiere un trago? —inquirió, llevándose el vaso a los labios.

Robert luchaba, intentando imponerse la idea de su deber, pero dudando si debía sacar de aquella mujer todo lo que supiese de Pete y, sobre todo, dónde había ido.

Por eso, sonriendo a su vez, dijo:

—Sí. Creo que beberé algo.

—¿Un «rye»?

—Sí.

Dejó ella su propio vaso sobre el bar, preparando la bebida que el hombre le había pedido. Después, volviéndose hacia él, avanzó, con el vaso preparado en una mano y el suyo en el otro.

Tenía una forma de andar ondulante, sinuosa, tremendamente atractiva.

Dio el vaso a Robert y levantando el suyo, con un guiño gracioso:

—A su salud, amigo...

—Igualmente.

El «*whisky*» era de excelente calidad.

—¿Así que quiere usted ver a Pete?

—Sí.

—¿Son... amigos?

—En cierto modo, sí —mintió él.

—Comprendo.

Una pausa se estableció entre ellos.

Luego, la muchacha, prosiguió:

—Pete se ha ido.

—No es posible.

La sonrisa se acentuó en los labios de ella.

—No sea desconfiado, señor...

—Robert. Me llamo Robert Colper.

Se había cambiado el apellido, demasiado conocido en aquellos días, por el escándalo vergonzoso de la expulsión de su hermano.

—Yo soy Penny, la dueña del «*Blues*».

Después de un corto silencio, interrumpido por Penny, prosiguió:

—Hablando de Pete. Mire y compruebe que le digo la verdad.

Se acercó a uno de los extremos, seguida de Robert, abriendo una puerta, que hasta entonces había pasado desapercibida al joven. Se hizo a un lado y con la misma encantadora sonrisa de siempre:

—Acérquese, Robert —dijo—. Y mire.

El agente obedeció, asomándose por la puerta que daba a un callejón oscuro, por la parte posterior de la casa. Al pasar junto a la muchacha, su cuerpo rozó con el de ella y Robert no pudo evitar un estremecimiento.

Pero consiguió articular:

—Una salida de escape, ¿eh?

—Llámela como quiera.

Hizo un esfuerzo, volviéndose hacia ella. El rostro de Penny estaba junto al suyo y él dilató las aletas de la nariz, respirando el olor del perfume que la muchacha llevaba.

—¿Por qué le dejó escapar, Penny?

Ella frunció el entrecejo.

—¿Escapar? —inquirió, con una mueca de extrañeza.

Y después de una nueva pausa, mirándole, fijamente, a los ojos:

—Que yo sepa, Pete no tenía motivo alguno de huir. Al menos que haya hecho algo que yo no conozca.

Había tanta franqueza, tal realismo en las palabras de ella, que Robert, alterado ya por la proximidad de Penny, se convenció, sin dificultad alguna de que estaba diciéndole la verdad.

—Ese Pete se ha metido en un buen lío —dijo—. Según parece, es uno de los enlaces que utilizan los que traen la «venusina» a la Tierra.

—¿Cómo?

Leyó el asombro en los ojos, en sus hermosos ojos. Y guardó silencio, prefiriendo contemplarla, sentirla a su lado, turbándose ante la presencia de la joven, que hacía latir con una desusada fuerza la sangre de sus venas.

La voz de Penny, cuando ésta rompió el silencio que se había hecho, sonó a sus oídos como una música deliciosa.

—¡Si Pete ha hecho eso y, como supongo, es usted un policía, voy a darle cuanta información necesita! No permito que uno que se llame amigo mío me oculte algo tan espantoso y comprometa, al mismo tiempo, mi seguridad personal...

—Usted no tiene nada que temer, se lo aseguro.

Era imposible resistir aquella poderosa atracción que ella estaba ejerciendo sobre él. Sus rostros seguían muy cerca, el uno del otro, ya que la estrechez de la puerta les obligaba a ocupar un reducido espacio.

Fue incapaz de dominar sus impulsos.

La tomó frenéticamente entre sus brazos, buscando sus labios, que ella le entregó, sumisa y dominada.

Momentos después, tras cerrar la puerta, retrocedieron hacia el centro de la estancia y ella se dejó caer en uno de los cómodos

sillones.

—¿Estás seguro de que Pete está metido en ese asunto, Robert?

No le extrañó a él que le tutease; sino que por el contrario le complacía íntimamente. Y mirándola, embelesado, incapaz aún de dar crédito a lo que acababa de suceder, le dijo:

—Sí, Penny. Necesito encontrar a ese hombre, sea como sea.

Ella le sonrió.

—Lo encontrarás, querido. Pete abusó de mi hospitalidad y de mi amistad. Ya no merece nada... Voy a llamar por teléfono y sabré dónde podrás encontrarle.

Marcó un número y preguntó por Pete, escuchando después a su invisible interlocutor.

—Sí. Hay un amigo que le busca y desea verle con urgencia. ¿Sí? De acuerdo.

Colgó el aparato y, volviéndose al agente, le dijo:

—Todo arreglado, querido. Pete estará, a medianoche; es decir, dentro de dos horas, en un lugar de la ciudad: Downer Street, ira local que llaman «Pelícano».

—Lo conozco.

Se había levantado la muchacha, caminando hacia él, con aquel ritmo ondulante que le enardecía hasta lo inconcebible.

—¿Contento, Robert? —inquirió.

El agente no contestó.

Con una mujer como Penny, las palabras sobraban.

La estrechó entre sus brazos, sintiendo que ella se abandonaba como si su única ilusión, en aquel momento, fuese dejarse arrastrar por el torbellino que se había apoderado de Robert.

CAPÍTULO II



rne Morgan encendió el habano, cuidadosamente, procurando quemar solo una zona del veguero, que dejó escapar un aroma dulzón que impregnó rápidamente el aire de la estancia.

Luego se volvió al joven que, sentado al otro lado de la mesa de despacho, había encendido también un cigarrillo, fiel que tiraba con todas sus fuerzas para mitigar un poco el olor del humo del habano.

—Ha sido una pena que te expulsaran, Dink —dijo, entornando los ojos.

El otro se encogió de hombros.

Era alto y fuerte, mucho más que su hermano Robert. Y a diferencia de éste, que poseía unos cabellos dorados y una piel relativamente blanca Dink Doe, curtido por el sol, la tenía intensamente bronceada, lo que hacía resaltar aún más el negro de ala de cuervo, de su pelo.

Lo curioso es que sus ojos no habían podido escapar a la ley

hereditaria y eran, como los de Robert, claros, tirando a verde. Pero poseían una fuerte intensidad luminosa que, unida a la aparente Inmovilidad sempiterna de las pupilas, causaba un efecto raro, desagradable e incómodo para quien se entretenía en mirarle a los ojos.

—Ha sido una pena —insistió el otro—. Mientras estuviste en la SIP, tu trabajo en mi organización tuvo muchos alicientes.

—¿Ahora no los tiene?

¡Siempre aquella voz helada, hiriente como un cuchillo!

Morgan, antes de contestar, se dijo que no había fallado al «adquirir» un hombre como Dink, frío como el hielo, sin nervios, juzgando las cosas con una impasibilidad que rayaba en el desprecio hacia cuanto le rodeaba.

Y era precisamente aquello lo que le ponía nervioso.

—No quiero decir eso, Dink —dijo, acompañando las palabras con una esbozada sonrisa—. Ya sabes que sigues siendo el mismo para mí. Sólo quería decir que ahora vas a tener más dificultades.

—¿Por qué?

—Porque antes tenías la SIP a tu lado, protegiéndote en cierto modo. Y ahora eres como uno de nosotros; es decir, más fichado por los «polizones» porque has sido uno de ellos.

—¡Bah! Cuando estaba en la SIP tenía miles de enemigos, todos los truhanes de la Tierra; ahora, que soy uno de ellos, tengo menos adversarios, porque los del Servicio son menos.

—Me alegra que pienses así; pero, de todos modos, tendrás que abrir mucho los ojos.

Dink, torció el gesto.

Y con aquella voz, impersonal y sin tono alguno, prosiguió:

—Sé cuidar de mí mismo, Ernie. El día que me llenen las entrañas de plomo solamente tendrás que preocuparte de una cosa: sabes que me encantan las rosas muy rojas. Pon unas cuantas sobre mi tumba y déjame en paz.

Morgan se movió, inquieto.

Estaba acostumbrado a tratar de una manera semejante a todos sus hombres, incluso a Loss, su lugarteniente, considerándolos como algo inferior, gritándoles por la menor causa, imponiéndoles, en suma, su personalidad de jefe, de «boss», de una manera indiscutible.

Pero con Dink era distinto.

La verdad es que cuando empezó a trabajar para la organización, Morgan había empezado por tratarle de una manera completamente distinta a los demás, quizá porque el «nuevo» seguía perteneciendo a la SIP y aquello le imponía un poco. Pero, examinando sinceramente lo que había pasado, Ernie tenía que admitir que, desde el principio, se había sentido influido por aquella personalidad extraña y fría, que jamás le dio ocasión alguna para propasarse en el trato personal, como ocurría con todos los demás.

Suspiró.

—Me alegra que sigas viendo las cosas desde el mismo punto de vista, Dink; en serio.

Y el otro, implacable replicó:

—No me habrás llamado para este sermón, ¿verdad, amigo mío?

—No.

—¿Entonces?

—Te llamé para decirte que he decidido ampliar nuestra zona. Si lográsemos instalar nuestros juegos en la parte sur de la ciudad, podríamos obtener un permiso para hacerlo en Newville, en Marte, ya que, como sabes, no lo conceden si no posees, por lo menos, un centenar de establecimientos.

—Controlas los juegos de doce ciudades, Morgan. ¿Qué más quieres?

—Ya lo sé, pero no es suficiente.

—¿Y has pensado en Leo Kimball?

—Sí. Es propietario, de todos los establecimientos de la zona sur, pero no tiene juegos establecidos en ninguno de ellos. Por eso he pensado que una visita a Leo no vendría mal.

—¿Y si nos impone condiciones que no podemos admitir?

—¿Qué quieres decir?

—Kimball está en relación, aunque no oficialmente, con los vendedores de «venusina».

—¡Lagarto! ¡Lagarto! Ya sabes que no quiero droga en ninguno de mis establecimientos. El juego trucado, sobra todo como nosotros lo hacemos, no puede ser descubierto por nadie. Pero la droga es distinto y tú, mejor que nadie, sabes que la SIP está tras ese asunto y no perdonará al que se mezcle en él.

Un esbozo de sonrisa se asomó a los labios de Dink.

—¡Me hace reír el «respeto»! —recalcó esta palabra, de forma que el otro se diese cuenta de ello. ¿Es que temes a la SIP?

—No seas estúpido, Doe. Me gusta ganar dinero, pero quiero tener las espaldas cubiertas. El delito de introducción drogas en la Tierra, procedentes de los planetas, está castigado con la Cámara Electrónica...

Hizo una pausa y se estremeció.

Luego continuó:

—... y yo no quiero saber nada de esas cosas. Si algún día me detienen, pueden condenarme, como máximo, a diez años. Y con un poco de «pasta» y unos buenos «picapleitos», la cosa puede reducirse bastante. ¿No crees que obro con cordura, muchacho?

—Evidentemente, Morgan.

Se había puesto en pie y el otro le miraba, intentando decirse si había en aquellas dos palabras el desprecio que le parecía haber visto, en el tono con que Dink las había pronunciado.

Doe echó una ojeada a su reloj.

—Son las doce —dijo—. Creo que voy a darme una vuelta hasta uno de los locales de Leo. ¿Dónde suele estar?

—Seguro que en el «Blues». Su propietaria lo trae loco.

—¿Quién es?

—Una pelirroja sensacional: Penny.

—Está bien. Iré al «Blues».

—Ten cuidado y no te dejes embarcar en nada: no quiero compromisos de ninguna clase y sobre todo de los que tú sabes.

—«Okay».

Abandonó el lujoso despacho, tomando el camino de la salida, teniendo para ello que atravesar una serie de salones, todos ellos «último grito», antes de llegar al inmenso «hall» de la mansión.

Penetraba en, él cuando una puerta lateral se abrió.

—¡Dink!

Se volvió, deteniéndose, mirando hacia la puerta entreabierta.

Una muchacha, morena, le miraba desde allí. Había asomado parte del cuerpo, pero lo que se veía valía la pena. Una verdadera escultura, rodeada de algo tan fino que parecía una nube rosa, inmaterial casi.

—¡Ven un momento, Dink!

El hombre frunció el entrecejo.

No, no le gustaba nada aquella «predilección» que, desde un principio, había sentido Ketty por él. Ketty era la novia oficial de Ernie, y Doe no quería buscarse complicaciones en aquel terreno.

No obstante, había que ser de hielo puro para no reaccionar ante una muchacha tan hermosa como Ketty, con aquellos ojos negros, profundos, intensamente suplicantes, como si desearan hacer saber la fuerza del cariño que necesitaban.

Se acercó a ella, deteniéndose junto al umbral de la puerta.

—¿Qué quieres?

El tono de voz de la muchacha era tan suplicante como la luz de sus pupilas.

—¡Hace mucho que no nos vemos, Dink! ¿Es que ya no me quieres?

Doe se mordió los labios.

«¡Ya estamos!», se dijo él, in mente. Decididamente, no había sido nada listo en dejarse arrastrar a una aventura que no podía traerle más que disgustos.

Ella adelantó una mano poniéndosela sobre la del hombre.

—¡Entra, Dink! —exclamó.

—¿Te has vuelto loca?

Y loca debía, estar para haber olvidado que Morgan podía surgir en cualquier momento, echándolo todo a rodar.

Se desasíó de ella, retrocediendo un par de pasos.

—Nos veremos mañana, Ketty —prometió—. ¿Qué te parece?

—No puedo creerte, Dink. Y de veras que lo quisiera.

—Te doy mi palabra, preciosa. Mañana, donde siempre..., ¿de acuerdo?

Había, en aquellos instantes, un cambio profundo en los ojos de ella. Fue como si la luz de sus pupilas se intensificase, hasta adquirir un brillo acerado, de una inmovilidad palpitante.

—Si no me quieres, Dink, dímelo de una vez. Sabré comprenderlo... y haré lo posible por olvidarte.

De haber podido reír, Doe lo hubiera hecho a carcajadas.

Conocía demasiado a las mujeres y sobre todo a las de la especie de la que tenía delante para poder fiarse de los «olvides». Una muchacha como Ketty no era de las que olvidaban: no sabía hacerlo. Y no tenerlo presente podía ser peligroso, muy peligroso...

—¡No digas tonterías, pequeña! —repuso, con un tono que sabía iba a convencerla—. No se trata de mi cariño, que siempre es el mismo. Pero tenemos que tener mucho cuidado. Morgan es mi jefe y no desearla que supiese lo nuestro...

Los ojos de la joven centelleaban.

—¿Morgan tu jefe? —inquirió, con un rictus salvaje en la boca—. ¡Tú vales mil veces más que él! ¡No sé cómo soportas que un tipo así te de órdenes!

Se había lanzado, de golpe, contra Dink, rodeándole el cuello con los brazos, echando a su rostro el aliento ardiente de sus labios, que la cólera y el deseo habían entreabierto y hacían temblar.

—¡Tú debías ser el jefe, Dink!

Y después de una pausa añadió:

—¡Mátale y seremos felices!

Doe logró desasirse de los brazos de ella, sujetándola por los hombros.

—¿Te has vuelto loca? ¡No quiero que pienses en eso! Podemos ser felices, y tú lo sabes, sin necesidad de matar a Ernie. Él es bueno conmigo y se ha portado siempre maravillosamente bien. Escucha, pequeña: mañana nos veremos en el lugar de costumbre. Tranquilízate y ve a vestirme: seguro que Ernie te llevará a cenar esta noche.

—¿De veras que te veré mañana?

La voz de él sonó seca, dura, inflexible:

—No me gusta que dudes de mi palabra, pequeña.

Todo cambió en ella y una docilidad de perro al que acababa de castigarse suplió a la fiereza de antes.

—¡Perdona, Dink! ¡Sé que estoy loca! ¡Pero no puedo hacer nada por evitarlo! ¡Te quiero tanto, amor mío!

—De acuerdo, de acuerdo. Ya lo sé. Yo también te quiero. Pero ahora tengo que irme. Ernie me ha encargado un trabajo urgente.

Intentó alejarse, pero ella, cogiéndole por la manga, le suplicó:

—¿No vas a darme ni siquiera un beso?

Se inclinó y ella le ofreció los labios.

Momentos después Dink abandonaba la mansión de Morgan. Yendo hacia el lugar donde había dejado su coche, un Cadillac último modelo, azul eléctrico, que admiró mientras se acercaba el vehículo.

Era evidente que ningún agente de la SIP podía pagarse un coche como aquél. Ni los trajes que Dink poseía, ni el apartamento que había comprado en Hollywood Avenue. Ni muchas más cosas.

Subió al coche que, sin ruido alguno se deslizó, velozmente, hasta la salida del parque tomando después hacia el sur de la ciudad.

La circulación era ya bastante intensa, pero Dink era un «as» y supo abrirse paso, atravesando las zonas de peatones justo cuando el semáforo cambiaba de color.

Recordaba, en aquellos momentos, otros, no demasiado lejanos, cuando conducía el coche negro de la SIP, siendo uno de los pocos que podía trasladarse de un lado a otro sin necesidad de usar la sirena.

Tuvo, sin embargo, que disminuir la velocidad a medida que penetraba en la zona portuaria, no lejos de donde desembocaba la gran autopista que llevaba al Espaciódromo. Luego, tras pasar por una plaza que guardaba el sabor de Los Ángeles de otro tiempo, se detuvo ante el derroche de luz que brotaba de la puerta del «Blues».

Su foto había aparecido demasiado en los periódicos, primera página, y en las pantallas de televisión, programa especial, para hacerse la ilusión de qué podía pasar inadvertido. Así no se extrañó de ver que el uniformado portero —todo botones y cordones florados— frunció el entrecejo al verle entrar. No tuvo que volver la cabeza para imaginar que aquel tipo correría al teléfono interior para comunicar, «a quien interesase», su llegada.

Todo el mundo sabía que trabajaba con Morgan.

Y aquella zona de la ciudad estaba bajo el mandato directo de Leo Kimball que, precisamente, no sentía mucha simpatía por Ernie.

Al penetrar en el local, abarrotado de gente en aquellos momentos, Doe vio enseguida los tres gorilas que se movían, al compás, coincidiendo hacia la puerta por la que él acababa de pasar.

Precauciones.

Sin parecer preocuparse, ni poco ni mucho, por aquel movimiento estratégico, Dink siguió su camino, hacia la barra, encaramándose en uno de los taburetes.

El barman acudió presuroso.

—¿«Whisky»?

—Sí. Sin soda.

Y cuando el otro colocó el vaso ante él, le dijo:

—Quiero ver a Leo.

Notó que la mano del barman temblaba un poco.

—No sé si el señor Kimball está aquí, señor.

—Entérate y dile que Dink Doe desea verle.

—Bien.

De reojo, el hombre vio que el barman se volvía, manipulando en el extremo de la barra, un interfono camuflado allí. Vio cómo los labios del barman se movían, como si temblasen aún más.

Luego el hombre volvió junto a él.

—El señor Kimball está en el despacho, allí, por aquella puerta pequeña.

—Gracias. ¿Le ha dicho quién era yo?

—Sí, señor Doe. Le espera.

—Bien.

Terminó de beber y cuando fue a pagar, el barman, con una sonrisa forzada, le dijo:

—La casa invita, señor.

Doe dejó el billete sobre la mesa.

—Muy amable guarde, sin embargo, eso. Puede comprar unos sellos para ayuda de los huérfanos de la policía.

Y se alejó, sonriente.

La puerta estaba abierta y daba a un pasillo, con otra puerta al fondo. Recorrió el pasillo y llamó.

—¡Adelante! —grite alguien, en el interior.

Empujó la puerta.

Leo Kimball estaba allí, sentado en un sillón, fumando un cigarrillo, sonriente y amable.

—Siéntese, Deoe. Y bien venido...

Obedeció Dink, encendiendo, a su vez, un cigarrillo.

Luego miró al otro.

Leo Kimball era un hombre delgado, huesudo, con una piel de color amarillento enfermizo, una nariz aguileña, unas cejas pobladas y unos labios finos, que no eran más que un repliegue claro en la piel amarilla del rostro. También sus ojos grises parecían manchados de aquel amarillo sucio, rodeando unas pupilas pequeñas, como dos cabezas de alfiler. Como las pupilas de un gato.

—¿Un trago?

—No, gracias. Acabo de beber en la barra.

—Como quiera.

Se contemplaban mutuamente. Sin prisas. Como dos adversarios que se miden antes de lanzarse al ataque.

Leo tenía un vaso, lleno a medias, sobre la mesa, junto a la que también estaba sentado Dink. Y quizá para dar tiempo al otro a que buscara las palabras necesarias para empezar a decir lo que quería, Kimball se llevó el vaso a los labios, bebiendo un sorbo corto.

Desviando la mirada del otro, Dink la dirigió, quizá movido por un instinto puramente profesional, sobre la pata de la mesa.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no estremecerse.

¡Allí, alguien, había dejado marcada una señal, con la uña, sobre el esmalte de la mesa!^[1]

Una «R» y una

«D⁽¹

)», dibujadas con una precisión perfecta.

¡Su hermano Robert había estado allí! No cabía la menor duda.

CAPÍTULO III



Robert fue hacia el bar, sirviéndose un vaso y encendiendo después un cigarrillo, antes de volverse.

Cuando lo hizo, vio a Penny que se pintaba los labios.

Le pareció más hermosa que nunca, pero, pensando que, en contra de sus deseos, tendría que dejarla, inquirió:

—¿Sabes que son más de las once, querida?

—¿Tan tarde? ¡Cómo pasa el tiempo!

Y le sonrió, mostrándole una dentadura perfecta y bien cuidada.

Luego, poniéndose en pie, mientras se alisaba los cabellos, dijo:

—Voy a salir un momento, Robert. Volveré enseguida. Bebe algo más. Ya sabes que no puedo dejar el local sin mi presencia durante tanto tiempo.

—Está bien.

Abandonó ella la estancia y Robert se quedó, junto al bar, pensativo, dejando escapar de su boca el humo azulado del

cigarrillo.

Estaba todo saliendo «demasiado» bien.

Su costumbre, adquirida a través de muchas misiones, le ponía ahora la mosca tras de la oreja, haciéndole reflexionar sobre todo lo que acababa de pasar, lo que le hacía dudar en que las cosas se deslizaran tan suavemente como lo habían hecho hasta entonces.

El que la muchacha le hubiera dado toda clase de facilidades para encontrar a Pete, el hombre de andares de pato, había sido un gesto tan espontáneo, tan decididamente claro, que dudaba de que fuese cierto.

¿Y si detrás de todo aquello había una trampa?

El lograr echar el guante a Pete iba a ser el primer paso serio en la investigación para aclarar la llegada de las drogas a la Tierra. ¿Sería posible que después de tantos sacrificios el problema se fuese a resolver de tan sencilla manera?

¡Cuidado, Robert! ¡Abre bien los ojos!

Era su conciencia profesional quien le advertía, la experiencia de otros muchos casos y el conocimiento de la naturaleza humana que había ido adquiriendo..., a costa de golpes y fracasos.

De todos modos —y esto lo pensó sonriendo—. Penny era la muchacha más deliciosa que había conocido, incapaz, le parecía, de engañarle, ya que era completamente absurdo el pensar que ella había sido amable con él para engañarle después.

¿Y si era cierto?

Inclinándose rápidamente, dibujó, con la uña del pulgar izquierdo, sus iniciales, sabiendo que algún otro agente las vería y en el caso de que le ocurriese algo, podría seguir la pista, sabiendo que había estado allí.

Se sirvió otra vaso a tiempo de sentir que la puerta se abría a su espalda y viendo, al volverse, que Penny entraba, sonriente. Sin decir nada, la muchacha se acercó a él, alzándose de puntillas para posar sus labios en los del hombre, en un breve pero cálido beso.

—¡Soy muy feliz, Robert!

—Yo también.

Y ella, tras un corto silencio, repuso:

—No tendrás dificultad alguna para encontrar a Pete —dijo—. Está en el sitio que te he dicho antes.

—¿En el «Pelícano»?

—Sí. Ya sabes que no está muy lejos de aquí. Pete tiene una habitación alquilada en el piso de arriba. Di que vas de mi parte y te indicarán el número exacto.

—Gracias.

—¿Piensas detenerle?

—Sí.

Ella torció el gesto.

—¡El muy idiota! Le consideraba buena persona, pero todo lo que se mezcle con drogas me repugna, Robert; puedes creerme.

—Te creo, Penny.

Le besó ella de nuevo, acompañándole después hasta la puerta de escape.

—Es mejor que salgas por aquí. ¿No te parece?

—Desde luego.

Dio la vuelta a la manzana, dirigiéndose hasta el lugar en que había dejado su coche.

No estaba seguro de nada.

Por eso, una vez en el vehículo, conectó la radio, llamando a la sección local de la SIP.

—¿Mendelsen?

—El mismo.

—Oye, Peter: estoy tras la pista de un tal Pete, un tipo que acaba de llegar de Venus y que fue señalado desde allí, como ya sabes.

—¿El que anda como un pato?

—El mismo. He logrado saber que vive en el «Pelicano». Y ahora me dirijo hacia allá.

—¿Quieres ayuda?

—No.

—Ten cuidado.

—No temas. Le detendré y lo llevaré ahí para tirarle de la lengua juntos: estoy seguro de que tendrá que decirnos muchas cosas altamente interesantes.

—«Okay».

—¡Hasta luego!

—Adiós.

Desconectó, poniendo el vehículo en marcha.

Mientras se dirigía al «Pelicano», enclavado también en la zona sur de la ciudad, Robert no pudo evitar el recordar a Penny. Y se

sintió como empapado en aquella personalidad de mujer tan excepcionalmente sugestiva.

Era maravillosa.

Entornando los ojos, Doe rememoró los instantes que acababa de pasar junto a la muchacha. Y fue, precisamente, en aquel instante, cuando el frío cañón de la pistola se posó sobre su nuca, al tiempo que una voz apagada decía:

—¡Cuidado, «polizonte»! Vas a seguir el camino que te diga... ¡y ojo con intentar nada! ¡Este gatillo está engrasado y se dispara sin saber cómo...!

* * *

Sin dejar de mirar a Leo, Dink acarició las iniciales que su hermano había grabado en la madera. ¡Robert!

Hizo un esfuerzo para alejar de su mente todo lo que aquella muesca había despertado en él.

Y lo consiguió, decidiéndose a romper el silencio pesado que había caído sobre la estancia.

—Me manda Ernie —dijo.

—¿Y qué quiere mi amigo Morgan?

—Desea llegar a un acuerdo con usted.

—¿De veras?

—Sí. Ya sabe que tenemos controlado todo el norte de la ciudad...

—Y Morgan quiere establecer sus ruletas en esta parte de Los Ángeles, ¿verdad?

—Eso es. Quiere obtener el cupo que señala la ley, para poder exportar sus máquinas a los planetas.

—¡Magnífica idea!

—¿No es cierto?

Era una manera de hablar, tirándose golpes «suaves», sin trascendencia, dejando que las palabras siguiesen un curso aparentemente anodino, esperando el momento de «tirarse a fondo».

Cosa que hizo Leo a los pocos instantes.

—Escuche, Doe —dijo—. Siempre me ha gustado la idea de poder llegar a un acuerdo con Morgan. Yo también tengo interés en

poder meter mis cosas en la zona norte.

—Ahí está el «quid».

—SI ¿qué?

—El problema, porque me imagino lo que usted desea, Kimball.

—Eres un chico listo, Doe: lo has demostrado bien claramente...

Y después de una pausa, continuó:

—Eso es lo que quiero: dejar que Morgan ponga sus máquinas donde quiera, pero con la condición de que me deje llevar la droga a su sector.

—Se niega.

—En ese caso no hay nada más que hablar.

Encendió otro cigarrillo, sirviéndose, de nuevo, un vaso de «whisky». Luego, sonriente, con una luz animada en los ojos, prosiguió:

—Es decir: sí que hay más que hablar...

Dink no dijo nada, pero se puso en guardia:

Y el otro dijo:

—Puede ser que tengamos más que hablar. ¿No te parece, Dink?

—No le entiendo.

—Es fácil... Hacía mucho tiempo que deseaba una entrevista como ésta y por eso me alegro de que vinieses aquí, a verme. En realidad, desde que supe que ese imbécil de Morgan había logrado convencerte, me fastidió el no haberlo hecho yo antes.

—¿Insinúa usted que desea, que me pase a sus órdenes?

—No. Afortunadamente he tenido tiempo de estudiarte y sé, positivamente, que no has nacido para segundos puestos. Tú, Doe, eres un jefe nato y yo cometería una tontería al traerte a mi lado. Porque ocurriría lo que, tarde o temprano, ocurrirá entre tú y Ernie.

—Sigo sin entenderle.

El otro se removió, inquieto, en su asiento. Como todos los que hablaban con el ex agente, experimentaba una sensación extraña ante el tono frío de la voz de Dink, su indiferencia hacia todo, su carácter decidido y calculador, al mismo tiempo.

Así, no encontrando palabras que expresasen de una manera mitigada lo que quería decir, Leo se decidió a lanzarse decididamente a fondo.

—¿Por qué no matas a Morgan, Doe?

Dink no parpadeó; pero, interiormente, se dijo que ya era

bastante curioso que en poco tiempo dos personas diferentes le incitasen a quitar de en medio a su jefe.

—No tengo nada contra él —repuso, después de un corto silencio.

—¡No seas estúpido! ¿Es que hay que tener algo contra una persona para eliminarla? Basta, en tu caso, saber que los asuntos de Morgan estarían cien mil veces mejor entre tus manos. Tú podrías llegar, estoy seguro, a un acuerdo conmigo, pero sin que ese idiota de Morgan se inmiscuyese en nada. Y la única manera de que eso ocurra es...

Se pasó la mano izquierda por la garganta, en un ademán expresivo.

Dink le miró, fríamente, sin parpadear.

—No puedo —repuso—. Aunque deseara hacerlo, no puedo.

—¿Por qué?

—Hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Si yo eliminase a Morgan, todo el mundo sabría que lo había hecho. Y ¿qué confianza se tendría en mí en el «milieu»? [2]. Un hombre que liquida, sin razón aparente, a su «boss», queda automáticamente borrado de los que merecen confianza, deja de ser «trigo limpio».

—Es verdad, pero yo podría justificar...

—No es bastante.

Hubo un nuevo silencio. Dink quería dar al otro la seguridad de que estaba reflexionando sobre aquello.

Y la verdad es que lo hacía, y muy a pesar suyo, ya que apreciaba a Morgan, que hasta entonces no le había dado motivo alguno de queja.

Una sonrisa maquiavélica apareció en los labios de Leo.

—Tenemos una justificación estupenda —dijo.

—¿Cuál?

—Ketty.

—¿Eh? ¿Qué viene a hacer la novia de Morgan en todo esto?

Leo dudó, sin saber si podía decidirse a dar el siguiente paso; pero, sacando fuerzas de flaqueza, murmuró:

—Escucha, Doe: tú eres nuevo en el «milieu», aunque tu profesión anterior te haya hecho aprender muchas cosas de él...,

pero no las suficientes. Nosotros sabemos lo que hay entre Ketty y tú...

—¿Me has espiado?

—Era necesario, compréndelo. Un agente de la SIP que, de repente, se pasa al enemigo, perdóname la expresión, no es una persona de fiar hasta que no se le conoce bien..., si es que puede llegarse a conocerle.

¿Había una amenaza implícita en aquellas palabras?

¿O es que sospechaban aún de él? ¡Los muy imbéciles!

El otro, que había entornado los ojos y parecía hablar consigo mismo dijo:

—Morgan no pertenece al Consorcio^[3]. Yo sí. Y el Consorcio, amigo mío, no se decide a aceptar a un hombre así como así.

—¿Quiere decir eso que la idea de que elimine a Morgan es del Consorcio?

—Sí.

Un nuevo silencio se estableció entre ellos.

Y Dink sonriente exclamó:

—Naturalmente, si mato a Morgan seré incluido en el Consorcio, ¿no es así?

—No lo sé.

—¿Querrán nuevas pruebas aún?

—Es muy posible.

Dink parpadeó, imperceptiblemente.

Y Leo, sin dejar de mirarle, deseó conocer lo que pasaba detrás de aquellos ojos impenetrables.

Hubiera dado cualquier cosa por haber podido leer los pensamientos del otro.

Dink se levantó.

—Voy a pensarlo —dijo, lentamente—. La idea de mezclar a Ketty en esto no me gusta mucho, pero veo que, si me decido, no habrá más remedio que utilizarla como «justificación».

—Sería lo mejor. Un asesinato por celos entra dentro de la lógica más exigente.

—Bien. Veo que el Consorcio piensa en todo. Y, claro, cuando yo me haya hecho cargo de la organización de Morgan, tendré que dejar que la droga llegue al sector norte de la ciudad.

—Evidentemente.

Dink asintió, acariciándose el mentón, como si reflexionase. Luego dijo:

—Y si tanto interesaba ese sector al Consorcio, ¿cómo es, amigo mío, que no se decidieron a eliminarle antes?

—Íbamos a hacerlo y todo estaba ya preparado... cuando apareciste tú. Ya comprenderás que al verte entrar en escena, nos cuidamos muy bien de meter las manos en la masa. No es la primera vez que un agente de la SIP penetra en una organización, haciéndose expulsar, inclusive, para hacer el trabajo encomendado por Callowan de una manera mucho más tranquila.

Dink no pestañeó. Y con voz clara repuso:

—Es verdad.

—Teníamos que convencernos que tú no eras uno de éstas, que no habías montado un «drama» para engañarnos.

Ahora el joven sonrió:

—¿Y están seguros ya...?

—No, aún no.

—¿Entonces?

—Tienes tú muchos puntos a tu favor, Doe. Pero no te preocupes. Cuando el Consorcio lo juzgue conveniente, hará la prueba que le pondrá fuera de dudas, en un sitio u otro.

Doe se pasó la lengua por los labios.

—De acuerdo —dijo, después de un silencio—. Pero puede decir al Consorcio que no exagere la nota.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Salí de la SIP, sabiendo que cualquiera de mis compañeros me llenaría las entrañas de plomo si se le presentase la ocasión. También pensó en que muchos del «milieu» podrían sospechar de mí y meterme, en cualquier ocasión, un cuchillo entre las costillas..., por la espalda. Pero, de todos modos, vuelvo a decirte que si deseo ser libre es porque no puedo soportar que me busquen las cosquillas.

Y si hay alguien (incluso el Consorcio) que me juega una broma, digamos... demasiado pesada, será mejor que me manden al otro barrio, antes de que me enfade de veras.

CAPÍTULO IV



ada más abandonar Dink la estancia, Leo se levantó, yendo hacia el fondo.

—Puedes salir —dijo.

La cortina se corrió y Penny, vistiendo un traje verde, que se había puesto después de la visita de Robert, salió, yendo directamente al bar, donde se sirvió un vaso.

—¿No bebes tú, Leo? —inquirió, sin volverse.

—No, gracias.

Había encendido un cigarrillo y se dejó caer en un sillón, mirando la silueta de la mujer, que la ropa ceñida dibujaba crudamente.

Penny terminó de ponerse soda; luego, volviéndose, miró al hombre, llevándose el vaso a los labios, sorbiendo poco a poco.

—¿Qué te ha parecido, Penny? —inquirió él.

—Un hombre muy interesante —repuso ella.

Leo torció el gesto.

—No me refiero a eso, Penny. Y ya lo sabes.

Ella entornó los ojos, sonriendo al mismo tiempo.

—Sí, ya lo sé. Vosotros los hombres sois incapaces de apercebir ciertas cosas. Y, después de todo, es natural... En cuanto a este hombre le encuentro superior a su hermano, muy superior.

—Eso ya lo sé. No me dices nada nuevo.

—De acuerdo. También he de decirte, y me importa un bledo que tampoco sea nada nuevo, que hay algo en Dink que no llego a comprender. Es demasiado denso para mí.

—¿Sospechas que sigue trabajando todavía para la SIP?

—No podría jurar que no, del mismo modo que tampoco podría afirmar que sí.

—¡Ése es el problema! No podemos dar un paso seguro hasta que no sepamos qué tiene Dink entre ceja y ceja.

—Naturalmente.

—Comprenderás que tienes que informar al Consorcio de todo esto, sino no nos comprometemos, como Dink cree, a vender la droga en el sector norte. Lo que tenemos en nuestras manos es muy importante, ya que en ese sector se encuentran las grandes líneas aéreas, y poseer bases en él significa poder exportar la droga a todas, las partes del mundo. Y tú sabes por qué y cómo hacerlo.

—Lo sé.

—Por eso hemos de estar seguros de Dink Doe... ¡cuanto antes!

Dejó ella el vaso en el borde del bar, encendiendo un cigarrillo.

—Informaré al Consorcio, y estoy segura de que desearán llevar a cabo una prueba más fuerte: definitiva.

—¿Robert?

—Sí. ¿Para qué crees que hemos montado todo el asunto de Pete? Hicimos que Pete llamase la atención a los agentes en Venus, de forma que la SIP en la Tierra encargase a Robert vigilar a Pete. Todo salió bien y ese agente cayó en la trampa.

El otro sonrió.

—Gracias a ti.

Penny se encogió de hombros.

—Es mi trabajo; además, si quieres saberlo todo, Robert es encantador; es decir, lo era hasta que he visto a Dink.

—¡Cuidado con él, muchacha!

—No temas —y frunciendo el entrecejo—: ¿Es verdad lo de la novia de Morgan con él?

—Sí. Hice que les siguiesen para poder utilizar esas relaciones en caso de que las necesitásemos. Si Dink resultaba un «podrido», haríamos que Morgan lo supiese. Y la reacción de Ernie sería, naturalmente, la que nos libraría de Dink.

—¿Y esa mujer?

—No creo que significó mucho para él; en realidad, Dink no me parece un hombre de esos que dan importancia a las mujeres.

Penny no dijo nada, pero sonrió.

Hubo un silencio largo, mientras Leo se mordía las uñas, inquieto.

Luego, no pudiendo más:

—¿Qué crees que hará el Consorcio?

—Lo sabré ahora mismo.

Dirigióse hacia el teléfono y marcó un número, de espaldas a Kimball. Poco más tarde, una voz sonaba al otro lado del auricular.

—¿Sí?

—Penny.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué hay?

—«Incógnita» ha estado aquí. Hablando con Leo.

—¿Y fue?

—Parece decidido a separarse de su socio.

—¿Qué te ha parecido a ti?

—Demasiado profundo para entenderlo.

—Me lo imaginaba. Justamente estamos reunidos. Te llamaré dentro de un momento.

—Bien.

Colgó la muchacha, volviendo luego junto a Kimball.

—Van a decidir ahora.

—¿Qué crees que harán?

—No lo sé; pero yo, en su lugar, exigiría la máxima prueba.

Leo no pudo evitar un estremecimiento.

—Ya has oído a Dink.

—¿Y qué?

—Que creo que será demasiado, podemos estropearlo todo.

—No. Lo que nos interesa es saber a qué atenernos respecto a Doe. ¡No podemos estar así, dudando, toda la vida! O es de los

nuestros o no lo és, nada más.

—¡Pero es su hermano, aunque esté al otro lado de la trinchera!

—Por eso mismo. Claro que la reacción de sangre será violenta, pero lo harán bien, no lo dudes.

—¡Pobre del encargado de hacerlo...!

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué nos importa?

Fue entonces cuando el teléfono desgarró el silencio que se había hecho.

—¿Diga? —inquirió Penny.

—Hola, preciosa... Ya hemos deliberado.

—¿Y qué?

—Ordena a Leo que llame a un tipo que él conoce, de Chicago, un tal Langer. Y que le encargue el trabajo de Robert. Ese tipo lo hará limpiamente. Que Leo tome las precauciones para que Dink no sospeche nada y pueda calmarse inmediatamente...

—Bien.

—Si Leo llama a Langer, la cosa podría hacerse mañana por la noche. Dile que contamos con él, pero que no perdonaremos ningún fallo.

—O. K.

—¡Adiós, preciosa! ¡Cuídate mucho!

—Así lo haré. Adiós.

Colgó.

—¿Qué han dicho? —inquirió, entonces, Leo.

—Que llames a Langer.

Kimball se estremeció.

—¿A Langer? ¡Eso quiere decir que han decidido...!

—Sí. Matar a Robert.

—¡Es una locura! Dink se volverá loco y hará una barbaridad.

—Eso depende de ti. El Consorcio quiere que montes el escenario de manera que Doe pueda calmarse.

—¿Eh? ¿Sacrificar también a Langer?

—Sí.

Leo se mordió los labios.

—¡Va a ser terrible! Sí, montaré todo, pero me largaré unos días, hasta que todo se haya pasado.

—¿De veras? No creo que el Consorcio se alegrase de saber que

te has tomado unas vacaciones tan inesperadas como inoportunas. ¿No te parece?

Él la miró suplicante.

—Pero ¿es que no te das cuenta de lo que significará esa furia de Dink cuando se desate?

Los ojos de la mujer brillaron con crueldad y pasión.

—¡Por nada del mundo me perdería una cosa así! ¡Y aún quieres irte de aquí! ¡Menudo espectáculo! —entornó los ojos—. He visto a Doe esta noche por primera vez. Y puedo asegurarte que mi instinto de mujer no me ha engañado: ¡Es un hombre de pies a cabeza! ¡Uno de verdad! Estoy segura que no sabe lo que es el miedo. Y que cuando, como tú has dicho, se desate, será magnífico, único, maravilloso.

—¡Me das miedo!

—¿Por qué?

—¿Es que no comprendes que cuando sepa que su hermano ha caído, no perdonará a nada ni a nadie?

—No lo creas. Podrá cebarse con Langer, porque tú harás las cosas para que así ocurra. Y al mismo tiempo, el Consorcio saldrá de dudas, ya que Dink tendrá que manifestarse, de un lado o de otro. Entonces, si es de los nuestros, si ha huido de verdad de su vida de agente, podrá llegar donde quiera...

—¿Y si se demuestra que trabaja aún para la SIP?

—No lo creo. Pero si así fuese... ¡hay muchos Langer en Chicago y acabaríamos con él! Aunque, hablándote francamente, me disgustaría mucho..., porque...

—No hace falta que lo digas —replicó Leo, levantándose—. Voy a casa y arreglaré lo de Langer. Aunque todo esto no me gusta nada.

Ella no dijo nada, volviéndole la espalda para ir al bar, mientras él abandonaba la estancia.

Se sirvió un «*whisky*», sin agregar soda esta vez.

Y mientras lo bebía, poco a poco, sus ojos adquirieron un brillo especial sonriendo al mismo tiempo.

«¡Todo un hombre! —se dijo—. ¡De arriba abajo! ¡Todo un hombre!».

Le habían atado, de pies y manos, echándole en aquella especie de sótano, sin que la oscuridad le permitiese ver los rostros de los que le llevaron allí.

¡Qué idiota había sido!

Se había dejado engañar como un principiante, embelesado aún por las caricias de aquella víbora, que era la culpable directa de todo.

¿Iban a matarle?

No era aquello lo que le preocupaba más, sino el fracaso que constituía haber llegado a algo positivo para perderlo de una manera estúpida.

Porque estaba seguro de que Pete era un eslabón en la banda de los traficantes de «venusina», y que su captura hubiera significado un avance poderoso en la marcha de la investigación.

¿Qué diría Donald Callowan de todo aquello?

El jefe de la Spacial International Police le había confiado un trabajo importante y él lo había echado todo a rodar, dejándose engañar, como un novato, por unos ojos hermosos y unos labios...

No pudo evitar una sonrisa.

En la Escuela le habían dicho que una de las cualidades de un buen agente de la SIP era saber perder. Y si ahora, como se imaginaba, iban a liquidarle, lo mejor era dejar de pensar en ello, dedicando todos los esfuerzos de su mente a encontrar, si era posible, la manera de escapar de allí.

Le habían quitado el reloj-transmisor, cortándole así de la local de la SIP, con la que hubiese podido comunicarse ahora, diciéndoles dónde se hallaba, ya que le fue posible, cuando le llevaron en el coche, reconocer la parte de la ciudad por donde se dirigían.

¡Bah!

No era el mismo, aunque Callowan afirmase lo contrario. Había cambiado profundamente desde el asunto de su hermano, perdiendo incluso el gusto de vivir, todo por la culpa de aquel hombre que, hasta entonces, había sido una especie de ídolo para él.

¡Que alguien le hubiera tocado a Dink!

Le hubiera hecho polvo, partido los morros, destrozado, aniquilado. Pero ahora.

Ahora era distinto.

La amargura le quemaba dentro, muy dentro.

¡Su hermano se había convertido en un traidor, en un vendido, en un ser despreciable, que había provocado el mayor escándalo en la SIP!

Algunas veces, desde que se inició el asunto, Robert llegó a creer que Dink, siguiendo Instrucciones, se había pasado al «otro bando», para desenmascarar a los traficantes de drogas.

Pero no podía ser así.

Semanas antes, en un encuentro con la Policía de la ciudad, Dink había golpeado salvajemente a un agente, padre de cinco hijos, que tuvo que ser internado en un sanatorio, sin mucha esperanza de que se recobrase jamás.

¡Y la SIP no podía llegar hasta tales extremos bárbaros!

Porque él, personalmente, visitó a aquel desgraciado, comprobando con sus propios ojos lo que su hermano había hecho con él.

Mejor era dejar de pensar en ello...

Un susurro de pasos al otro lado de la puerta le llamó la atención. Indudablemente no era nadie que perteneciese a la banda, ya que andaba con cuidado, procurando hacer el menor ruido posible.

Una sensación de esperanza se apoderó de él.

Llevaba cerca de día y medio en aquel lugar, y por la pequeña claridad que había entrado por la claraboya, sabía que la segunda noche estaba empezando.

Los pasos llegaron junto a la puerta.

La mordaza le impedía gritar y no tuvo más remedio que esperar, oyendo los esfuerzos desesperados que desde fuera hacían para abrir la puerta, sirviéndose —como adivinó más que vio— de un alambre que introdujeron en la cerradura.

Momentos después la puerta se abría, y la luz de una linterna que se proyectó sobre él le cegó.

Esperó, no mucho, porque la persona que acababa de entrar dejó la linterna en el suelo, de forma que ella también fue iluminada parcialmente.

—¡Penny!

Era la muchacha, que ahora se afanaba por cortarle las ligaduras.

—¡Canallas! —exclamó, mientras le desataba—. ¿Te han hecho

daño, amor mío?

No pudo contestar hasta que ella le sacó la mordaza.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Ese imbécil de Pete! Fue al local, con sus amigotes y le oí vanagloriarse de lo que había hecho. Bebieron lo suficiente para poder tirarles de la lengua, y así pude saber dónde te habían dejado.

Terminó de desatarle, y él se puso en pie, frotándose enérgicamente los miembros entumecidos.

Ahora se daba cuenta de que había juzgado demasiado precipitadamente a la muchacha. Lo que ella acababa de hacer le demostraba que obró con sinceridad al darle las señas de Pete, sin saber que éste, prevenido, le preparaba una trampa.

—¿Te han hecho daño?

M sonrió.

—No. Se limitaron a atarme, esperando seguramente el momento de quitarme de en medio.

—¡No lo lograrán! ¡Ahora estás libre!

—¡Gracias a ti!

La cogió en sus brazos, besándola apasionadamente.

¿Cómo podía haber dudado de ella?

Penny, al sentir los labios del hombre sobre los suyos, no pudo por menos de estremecerse, pensando que muy pronto...

—No podemos salir juntos —se apresuró a decir—. Me iré, con mi coche. ¿Qué vas a hacer tú, Robert?

—No te preocupes. Saldré de aquí y me iré hacia el centro de la ciudad.

—¿Vendrás a verme..., cuando puedas?

—¡Naturalmente! Deja que primero arregle unos asuntos; luego, cuando esté tranquilo, vendré a verte, aunque preferiría que nos viésemos fuera del «Blues».

—¡Donde tú quieras!

La besó de nuevo. No podía evitarlo.

Al estar junto a aquella mujer olvidaba todo, experimentando un cúmulo de sensaciones que no había conocido hasta entonces.

—Hasta la vista, querido.

—Adiós, preciosa. ¡Y gracias por haberme sacado de esto!

—¡No digas bobadas, tontín!

Salió ella, y Robert esperó un tiempo prudencial, hasta que oyó

el ruido del vehículo de Penny que se alejaba, perdiéndose en la noche.

* * *

Había llegado hacía dos horas.

Era un hombre delgado, alto, bien vestido, con un rostro rigurosamente rasurado, en el que una pequeña cicatriz, en la mejilla izquierda, ponía la única nota disonante en su cara.

Habló con Leo en un local apartado del puerto. Y, como siempre, recibió un grueso fajo de billetes, cien mil créditos por anticipado.

Así trabajaba Langer.

Ahora, al ver el coche de la muchacha que abandonaba el barrio sórdido en el que estaba situada la casa, sonrió, sabiendo que dentro de poco el «trabajo» estaría terminado, concluido, sin contratiempos. «Limpio», como siempre.

Langer llevaba una gabardina sobre los hombros de manera que disimulaba su metralleta Stern, dotada de un mecanismo silenciador completamente nuevo y capaz de reducir el ruido de los disparos a algo que podía confundirse con golpes anodinos, de origen intrascendente.

Se había colocado en la esquina, desde donde veía, perfectamente, la puerta de la casa, que un farol iluminaba con claridad suficiente.

Esperó.

Había sacado la Stern y la tenía en las manos, apuntando al suelo, dispuesto a emplearla cuando fuese necesario.

No tuvo que esperar mucho.

La silueta de Robert Doe se dibujó en el umbral y Langer, con una fría sonrisa en los labios, levantó el cañón, apretando el gatillo, con esa seguridad de un hombre que conoce a fondo su «oficio».

Robert dio un salto, luego otro y después otro más.

A medida que las balas le entraban en el cuerpo, la energía cinética de los proyectiles le obligaba a aquella danza de la muerte, impidiéndole desplomarse por completo.

—¿Eh?

Habían estallado unos cuantos fogonazos desde una de las casas vecinas, y Langer, loco de rabia, lanzó «el puré» hacia allá,

maldiciendo al curioso que podía estar distrayéndose en hacer fotos en aquel momento.

Pero no tenía tiempo que perder.

Un avión le esperaba, y dentro de unas horas volverla a estar en Chicago, fuera del alcance de cualquiera que deseara una publicidad contraproducente.

De todos modos, ¿quién podía haber tenido la idea de sacar aquellas fotos?

Corrió hacia su coche, el que Leo le había prestado, apretando el acelerador a fondo y tomando, minutos después, la amplia autopista que le llevaba al Campo de Aviación.

No estuvo tranquilo hasta que el aparato despegó, ganando altura, dejando atrás el brillante conjunto de Los Ángeles.

Una vez a bordo, mientras encendía un cigarrillo, no dejaba de pensar, con el entrecejo fruncido, en aquel imbécil que había dejado escapar el «*flash*», aunque era casi imposible —se decía— que hubiera logrado unas buenas fotos.

Aunque, después de todo —pensó—, mejor era no hacerse mala sangre hasta saber algo concreto.

Si el periodista o el aficionado —tanto podía ser lo uno como lo otro— se iban de la lengua, había en la metralleta «argumentos» suficientes para cerrar la boca a los que la abriesen demasiado.

CAPÍTULO V



or fuerza tenía que matar a Morgan...

No había más remedio, y Dink llegó a tal conclusión después del tercer pitillo. Estaba esperando a Ketty, como le había prometido, ya que en aquellos momentos, menos que nunca, no deseaba tener en contra a la apasionada morena.

Había una serie de periódicos sobre el diván, y en todos ellos, en primera página, se hablaba de los funestos resultados que la «venusina» estaba proporcionando a los débiles que, en busca de paraísos artificiales, se dejaban engañar por una felicidad tan ficticia como peligrosa.

Hacía ya varios años que se habían logrado antídotos rápidos para evitar la intoxicación por los estupefacientes corrientes: morfina, cocaína, heroína, pentotal, opio, muscapina... Todos ellos habían terminado por ser completamente inocuos, gracias a que los bioquímicos que agregaron a sus moléculas nuevos radicales que,

sin hacer que perdiesen sus particularidades de medicamentos, les habían arrancado el peligro horrible del «hábito».

Y ahora, cuando la ciencia del hombre consiguió tan prodigioso progreso, se descubría en Venus una sustancia, que nadie sabía cómo llegaba a la Tierra, capaz de matar en pocas semanas, o, lo que era peor, de enloquecer al que se dejaba atraer por la perspectiva de unas insulsas gotas de placer.

Dink había echado una rápida ojeada a los periódicos, tan sólo para medir el interés que las autoridades ponían en aquel asunto. Pero también pensó en los fabulosos ingresos que el Consorcio debía obtener con la «venusina».

¡Y eso que sólo América había abierto el mercado a la droga!

El logro de la zona norte y las misteriosas palabras que le había dicho Leo, respecto a la necesidad de llegar a ella para poder «exportar», le dejaban perplejo.

¿Por qué era necesario «tener» el sector norte para enviar la droga a Europa?

Abandonó la tensión que le procuraban aquellas preguntas, prefiriendo echar un trago, cosa que hizo, no sin antes mirar el reloj de pulsera, viendo que Ketty empezaba a tardar.

Se había quitado la camisa y mostraba su tórax poderoso, juego de músculos acerados que brillaban bajo la piel curtida por el sol y el aire. Era una máquina perfecta, un mecanismo de relojería obediente al mandato rápido, vertiginoso, de su mente despierta.

Sentándose en el borde del diván, después de haber bebido casi la mitad del contenido de su vaso, alargó la mano hacia la silla donde había colgado su «holster», sacando de él la «Lüger» especial que había logrado guardarse, cuando le expulsaron del Servicio.

También había conservado algunos proyectiles anestésicos, y hasta había pensado disparar con ellos a Morgan, dejándole vivo y escondiéndolo después, ya que siempre constituiría un «as» en la mano; una buena carta en reserva.

Pero sabía que el Consorcio no iba a querer «muertes imitadas». Y que no se mostraría satisfecho hasta haberse convencido de que Ernie se había convertido, de pies a cabeza, en un «fiambre», sin posibilidades de «regreso».

Sacó las balas «anestésicas», metiéndoselas en el bolsillo trasero del pantalón. Y cargó la «Lüger» con proyectiles auténticos,

sabiendo, en el fondo, que eran los únicos que resolvían las situaciones difíciles y complicadas. Como la suya.

Momentos después, cuando había metido la pistola en la sobaquera, oyó el ruido de un vehículo que se acercaba, frenando junto a la puerta. Desde la ventana y levantando un poco el visillo, vio que se trataba del descapotable de Ketty.

La joven saltó ágilmente del vehículo, corriendo después hacia la puerta por la que desapareció. Instantes después, sus pasos precipitados sonaban en el rellano, y el timbre de la puerta se dejaba oír.

Dink fue a abrir, dejando que ella le diese un beso rápido. Luego siguió a la joven, que, una vez en el amplio «*living*», la única habitación del apartamento, fuera de la minúscula cocina, el cuarto de baño y una nevera empotrada en un cuarto a la medida, se quitó el abrigo de pieles, dejando ver su escultural silueta, que resaltaba un traje de calle, *beige*, con un generoso escote en «*échancrure*», cuyo borde inferior sujetaba, un poco, un broche de diamantes.

—Tienes que perdonarme, querido —dijo—. Se me hizo un poco tarde; Ernie no se decidía a marcharse.

—¿Dónde ha ido?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. A uno de sus negocios. ¿Qué puede importarnos, si ahora estamos juntos y solos...?

Avanzó hacia él, contoneándose.

Sin poderlo evitar y a pesar de la frialdad proverbial de su manera de ser, Dink experimentó una especie de frío que le recorría la espalda.

Era bonita, muy bonita, quizás un poco frágil.

Y así, cuando la tuvo a su lado, la tomó en sus brazos, como si hubiera sido una criatura, dejándola sobre el diván, en cuyo borde se sentó.

Ella extendió una mano, metiendo sus largos dedos en los cabellos de él. Jugueteando con sus rizos.

—¿Me quieres, Dink?

—Mucho.

—Lástima que tengamos que vernos así, a escondidas, como si estuviésemos haciendo algo malo.

Doe esbozó una sonrisa.

«¡Claro que sí, preciosa! —pensó—. ¡Claro que estamos jugando suciamente! ¡Menuda cara pondría Morgan si nos viera ahora!».

Claro que las mujeres, sobre todo las enamoradas, suelen fabricarse un tratado de «moral», así, con minúscula, cuando les conviene. Y siempre hay un artículo en ese tratado que les va como un guante, justificando cuanto hacen...

—¿En qué piensas, Dink?

—En ti.

—¡Embustero!

Le atrajo hacia ella, obligando a que posase sus labios sobre los suyos.

Pero Dink se incorporó, brutalmente.

—¿No has oído?

¿Qué iba a oír?

Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, Kitty estaba lejos de allí, muy lejos. Pero estuviera donde estuviese, deseaba no estar sola.

Y así, con un susurro que brotó de sus labios:

—Ven, Dink... ven, querido.

Doe estaba junto a la ventana, separando el visillo con los dedos.

El coche se había detenido bastante lejos, pero él, dejándose guiar por aquel instinto que había aprendido en la escuela de la SIP primero y luego en las misiones de su vida de agente, en las que todo dependía de la intensidad de la vigilancia, había sabido, en momento oportuno, que un vehículo se acercaba a la casa.

Había sólo dos faroles, en el extremo de cada esquina, pero su poca luz no impidió que el ex agente viese la conocida silueta de Morgan que cruzaba velozmente, avanzando hacia el portal.

Tampoco se le escapó que Ernie llevaba una mano en el bolsillo del abrigo.

Un bolsillo que abultaba demasiado...

—¿Qué ocurre, querido?

Todavía hablaba ella con cierta dificultad, como si le costase salir del ensueño en que había estado sumida hasta entonces.

—Morgan viene.

—¿Morgan?

Se llevó las manos a la boca, abriendo desmesuradamente los ojos, mirándole con una fijeza en la que se retrataba el espanto.

Y como él la mirase, en silencio, con una tranquilidad desesperante...

—¿Qué hacemos, Dink?

—No lo sé.

Ella tuvo entonces una idea, y sus ojos adquirieron un brillo intenso, donde lucía la esperanza.

—¡Ocúltate en el baño, Dink! ¡Coge tus cosas! ¡Yo le amansaré!

—¿Tú?

—No temas. Conozco a Ernie y sé cómo tratarle.

Doe se había hecho ya su composición de lugar, y estaba tan frío como si no hubiera ocurrido nada..., o no fuera a ocurrir.

—Bien —se limitó a decir.

Recogió su chaqueta, su gabardina, su camiseta y, naturalmente, su sobaquera, yendo al baño, en cuyo borde se sentó, encendiendo un cigarrillo, filosóficamente.

No se había movido ni un solo músculo de su rostro, aunque pensaba en lo que se avecinaba.

Entretanto, Kitty, temblando, pero haciendo un esfuerzo poderoso para sonreír, oyó los pasos de Ernie. Luego, el timbre de la puerta sonó, insistente, midiendo la impaciencia de quien llamaba.

Fue a abrir.

Empujándola con violencia, empuñando la pistola, Ernie penetró en la estancia.

—¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido ese perro?

Kitty se le acercó.

—Pero, querido...

Parecía como si en aquel momento Ernie se hubiera dado cuenta de la existencia de la muchacha.

Y se volvió hacia ella, mirándola como si la viese por primera vez.

—¡Sucia! Te di todo lo que deseaste, me convertí en tu esclavo..., ¡y ahora haces de mí la mofa de la gente!

Había algo horrible en las pupilas de Morgan; algo que ella comprendió, y que era como un mensaje claro, que no tenía necesidad de palabras ni de nada...

¡Un mensaje de muerte!

Por eso, olvidando toda, prudencia, dándose cuenta del peligro que se cernía sobre ella, gritó, retrocediendo unos pasos.

—¡Dink! ¡Va a matarme! ¡Sálvame!

Demasiado tarde.

Morgan apretó el gatillo.

El silenciador apenas si produjo ruido. Frente a él, la muchacha se llevó las manos al pecho, mirándole como si no comprendiese nada, como si nada pudiera importarle ya.

Y así era.

Se desplomó de bruces, con un estrépito mucho mayor que el que había hecho el disparo.

Morgan se volvió hacia la puerta que daba a la cocina y al cuarto de baño.

Tenía los ojos desorbitados y la mano armada le temblaba de una manera impresionante.

—¡Sal, Doe!

Silencio.

—¡Sal! ¡Descastado! ¡Traidor! ¡Vendido! Hicieron bien echándote de la SIP, pero debieron matarte, aplastarte cómo a un gusano infecto. Porque eso es lo que eres: ¡Un repugnante gusano!

En el baño, Dink había tirado el cigarrillo, aplastándolo con cuidado para que no quemase la alfombra de goma. Sacó después la «Lüger» de la sobaquera y le quitó el seguro, echando una mirada al corto y chato silenciador que coronaba el cañón.

Había una mueca de repugnancia en su rostro.

—¡Sal, maldito! —rugió Morgan.

Silencio.

Frenético, Ernie se precipitó con el arma levantada, echando una ojeada a la cocina vacía. Después, sabiendo ya que su enemigo estaba en el cuarto de baño, dio un salto, pasando al otro lado de la puerta, de modo a disparar desde cubierto.

Pero no pudo...

Dink lo cazó en el aire, cuando saltaba, disparando sin levantarse, sentado, con el arma apoyada en uno de sus muslos. Sin que su rostro se modificase en lo más mínimo.

Cuando Ernie llegó al otro lado de la puerta ya estaba muerto. Una bala le había penetrado entre ceja y ceja.

Dink se levantó, dejando la pistola sobre el baño. Recogió después la cápsula; tirándola al «water». Se puso su ropa, colgándose el «holster».

Después salió del baño, sin echar una ojeada a Morgan. Tampoco se detuvo en el «*living*», aunque miró un poco a Ketty, que yacía boca arriba, con los brazos en cruz y una mancha de sangre sobre el pecho juvenil, que iba ampliándose, extendiéndose sobre el traje que llevaba, poniendo una nota de rojo en el escote «échancrure», donde los diamantes parecían ya rubíes.

Ensangrentados...

Abandonó la casa, tomando la acera que le conducía al lugar donde había dejado el coche, bastante lejos de allí.

Y no se volvió siquiera al oír los pasos que se dirigían al portal.

Los del Consorcio iban a comprobar.

Torció el gesto, deteniéndose a encender un cigarrillo.

Le daba asco todo.

* * *

Se llamaba Philip Wolter y hacía muy poco que trabajaba en «Los Ángeles Herald». Muchacho ambicioso, estaba ahora seguro, mientras esperaba que el del laboratorio revelase las fotos, de que había conseguido lo que quería. O lo iba a conseguir.

Impaciente, fumó cigarrillo tras cigarrillo, llamando después a su prometida.

—¿Linda?

—Sí. ¿Qué ocurre, Philip?

—¡Lo que esperábamos, querida! ¡Voy a ser célebre! ¡He conseguido unas fotos sensacionales! ¡De primera plana!

—¿Cómo ha sido eso?

La puerta del laboratorio se acababa de abrir, y Philip, volviéndose, vio al hombrecillo de la bata que le miraba.

—Perdona, Linda. Luego te llamaré. Adiós.

Y colgó.

Luego fue hacia el hombrecillo, que seguía mirándole.

—¿Qué tal, Fred?

—¿Dónde has conseguido esto, muchacho?

—Me llamaron por teléfono. No sé quién. Me dijeron que no perdería nada apostándome en una casa, de la que me dieron las señas, diciéndome además que estuviese alerta a lo que pudiera ocurrir en la calle. Vi llegar un coche, con una mujer que estuvo

dentro un buen rato; luego salió al tiempo que un tipo se apostaba en la esquina. Después todo sucedió muy rápido. Salió otro hombre, y el que estaba escondido disparó. Yo solté el «*flash*» y el tipo me Miró también una ráfaga antes de irse. Eso fue todo.

—¿Y no sabes quién es el muerto?

—No.

El otro le tendió las fotos.

—El muerto es Robert Doe, de la SIP.

—¿El hermano de Dink?

—Sí.

—¡Dios mío!

—Podías haber avisado a la policía. Quizá se hubiera evitado...

—¿Y yo qué sabía para qué querían que estuviese allí? ¡Palabra que creí que se trataba de algún escándalo de sociedad! Fui el primer sorprendido al oír los disparos... ¡Casi no hago las fotos; sentí tanto miedo!

—Lo comprendo, muchacho. Seguro que la Policía te molestará, pero eso es lo de menos, ya que veo que puedes mostrarles tu buena fe. Pero lo que temo es que Dink te visite.

—¿Dink? ¿Por qué?

—No lo sé, pero estoy casi seguro de que vendrá a verte.

—¿Para qué? ¡Yo no quiero ver a ese vendido, a ese traidor! ¡Pediré ayuda a la Policía!

El otro se calló.

Después:

—Sí, es lo mejor que puedes hacer: pide ayuda. De todos modos, pasa estas fotos a la redacción. Por lo menos, has hecho carrera... ¡Enhorabuena, chico!

CAPÍTULO VI



etuvo Kimball el coche a la puerta del «*Blues*». La tarde estaba cayendo, y la avenida empezaba ya a iluminarse. También la movediza luz del local parpadeaba ya, aunque su luminosidad era, todavía, pálida y macilenta. Como el rostro de Leo.

Había pasado un día atroz, sin atreverse a moverse de su casa, donde había leído todos los periódicos de la mañana, especialmente el «Los Ángeles Herald», único que, además de la noticia de la muerte de Robert Doe, publicaba las sensacionales fotografías obtenidas por Philip Wolter. También estuvo ante la pantalla de televisión que se ocupó, varias veces, de la muerte del agente de la SIP, rememorando a los telespectadores la existencia de Dink y los motivos que habían provocado su expulsión de la Spacial International Police. Había habido emisiones especiales, y Leo, después de escucharlas, pudo llegar a la conclusión de que Dink Doe no era especialmente querido en los medios oficiales, y menos en

los policíacos, en los que se le consideraba como el último de los traidores.

El «*Blues*» no estaba aún animado, y sólo algunos consumidores estaban melancólicamente sentados a la barra. Sin hacer caso de nada, Leo atravesó la pista, ahora desierta, penetrando, después de atravesar el estrecho pasillo, en el «*living*»—despacho.

Penny estaba sentada, ante una mesa, escribiendo en un libro de grandes dimensiones.

—¡Hola! —saludó ella, sin levantar la cabeza de su trabajo.

—¡Hola! —repuso Leo, dejándose caer en un sillón. E inmediatamente—. ¿Hay algo de nuevo?

Ahora sí que levantó la mirada la mujer.

—¿Nuevo? ¿Qué deseas que haya de nuevo?

Dióse cuenta entonces que Leo estaba nervioso y pálido. Él encendió, con mano temblorosa, un cigarrillo.

Y después de expulsar la primera bocanada de humo:

—Me refiero a Dink.

—¿Qué le pasa a Dink?

Kimball estalló:

—¡Basta! ¡Ya sé que te mofas de mí! Pero no puedo evitarlo. ¿O es que quieres desesperarme? ¡No estarías tan tranquila si hubieses, como yo, hablado con él! Tuve que decirle que el Consorcio iba a necesitar una prueba decisiva...

—¿Y qué?

—Que ahora, cuando sepa que su hermano ha muerto, recordará mis palabras, asociándolas, dándose cuenta de que «ésa» —recalcó la palabra— era la prueba decisiva.

—No lo creas. En cuanto haya visto las fotos de «Los Ángeles Herald» habrá visto que fue Langer quien liquidó a su hermano.

—¿Cuál será, la reacción, Penny?

—¿Y yo qué sé? ¡Me hacéis gracia todos vosotros! El Consorcio me ha llamado tres veces para saber lo mismo... ¡y ahora tú me vienes con el mismo cuento! Después de todo, su reacción va a ser una prueba para todos nosotros. Y debíamos desearla más que temerla. ¡Me dais asco!

Leo tragó saliva con visible dificultad.

Luego:

—Es que no te das cuenta, Penny. Dink es un tipo aparte. Si está

con nosotros, echará todo a rodar, porque es violento y salvaje como un hombre primitivo. Y si está en contra nuestra, barrerá todo, echándonos la Policía y la SIP encima.

—Necesitará pruebas.

—Si es un tipo que sigue trabajando para la SIP, sí. Pero si es de los nuestros se echará a la calle, con la pistola en la mano y no parará hasta haber saciado su sed de venganza.

—No seas idiota. Puede que sea un torbellino, pero tiene cabeza, y pensará en lo que va a hacer antes de lanzarse locamente: no es de los hombres que pierde la cabeza así como así.

—¡Ojalá tengas razón!

* * *

El hombre penetró en la redacción de «Los Ángeles Herald», preguntando por el periodista que había logrado las sensacionales fotos del asesinato de Robert Doe.

Momentos más tarde estaba en el despacho que habían designado al joven, cuyo puesto en el periódico había sufrido un ascenso inmediato.

Wolter estaba escribiendo febrilmente a máquina y levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo al ver al desconocido.

—¿Qué desea? —inquirió—. Tengo muchísimo trabajo y...

El otro sonrió.

—Soy Peter Mendelson, jefe de la Sección Local de la SIP.

Philip palideció un poco.

—Perdone —dijo, simplemente. Y agregando un gesto hacia una de las sillas—. Siéntese, por favor.

Mendelson se dejó caer sobre la silla.

Y con la misma tranquilidad le inquirió:

—Cuénteme lo ocurrido.

El periodista obedeció, y él otro no le interrumpió ni una sola vez. Pero cuando terminó:

—Podría encarcelarle —dijo— por haber faltado a la obligación de todo ciudadano de prevenir a las autoridades en el momento de recibir una llamada telefónica como la que usted recibió. Evidentemente, se ve que no ha obrado usted con maldad, sino empujado por algo muy humano como la noble ambición de llegar

donde uno se ha propuesto. Pero, de todos modos, espero que ésta será la última vez que comete un error semejante. Por desgracia —agregó— ya no podemos hacer nada por el agente muerto, De todas maneras creo que se muestra usted demasiado orgulloso por lo que ha hecho. Adiós.

Cuando se quedó solo, Wolter no pudo por menos de experimentar una sensación de infinita tristeza.

Estaba, a pesar del triunfo conseguido, profundamente avergonzado de haber antepuesto su interés personal a la vida de un hombre como el que había caído, ante sus propios ojos, acribillado a balazos por un desconocido...

Miró el artículo que estaba escribiendo y sintió repugnancia hacia todo lo que podía hacer en aquellos momentos. Las severas palabras del hombre de la SIP que acababa de visitarle resonaban en sus oídos, aumentando el sentido de su responsabilidad.

No podía trabajar.

Levantándose, se puso la chaqueta, abandonando su despacho, y después el periódico. Necesitaba irse, alejarse, aunque no fuese más que por un rato, tomar el aire libre y dejar que sus ideas se ordenasen, disolviendo el caos que reinaba en su mente.

Subió a su coche, tomando la avenida que llevaba hacia el mar. Momentos después, ya fuera de la ciudad, dirigióse hacia una de las playas vecinas, desiertas en aquel momento, sentándose en la arena y contemplando el sol que ya empezaba a bajar hacia el horizonte, donde el mar y el cielo se juntaban.

No, no había obrado limpiamente. Y ahora se arrepentía de que su fama recientemente lograda, flamante aún, se basase en la muerte de un hombre que, como Robert Doe, había vivido para defender la Ley.

—Hola...

Se estremeció, viendo que el hombre, al que no había oído llegar, se había sentado a su lado. Y al contemplarle, un escalofrío le recorrió la espalda, ya que lo había reconocido de golpe.

¡¡Dink Doe!!

Allí estaba, a su lado, el hombre más detestable de la ciudad, el traidor que había preferido las comodidades que le proporcionaban sus sucios negocios con las organizaciones de bandidos a la vida normal, recta, como la de su hermano.

Pero no era solamente la cólera lo que dominaba ahora a Wolter. También había en su intranquilidad un poco de miedo, conociendo, de oídas, la dureza de aquel hombre, su sentido implacable de las cosas.

El silencio duró largo rato.

Dink, con los ojos entornados, parecía absorto en la contemplación del mar cercano, como si siguiese, con absoluto olvido de lo demás, el juego continuo de las olas que se dejaban caer sobre la arena de la playa, como un manto de brillante espuma.

No abandonó su posición ni se movió nada cuando dijo:

—Cuéntemelo todo, Philip.

Wolter estaba pálido y sus manos temblaban. Pero, haciendo de tripas corazón, hizo un relato igual al que había hecho al hombre de la SIP.

Ni uno solo de los músculos de Doe se movió mientras el otro hablaba. Y cuando terminó:

—¿Cómo era esa mujer, Wolter?

—No lo recuerdo... Llevaba un abrigo de pieles y un sombrero. Sólo pude verla un momento. Mi atención estaba requerida por el hombre que se había ocultado al otro lado de la calle.

—Comprendo.

Y después de una corta pausa:

—¡Tiene que hacer memoria, Philip! —Su voz salía, silbando entre sus dientes—. ¡Tiene que recordar a esa mujer, cueste lo que cueste!

—Pero...

—¡Cállese, imbécil! Ya hará memoria, no se preocupe. Aunque la viese un poco, muy poco, irá recordando, esforzándose, algunos detalles que deseo conocer...

El periodista se estremeció; sin embargo, no hacía frío, y la tarde era apacible y tranquila.

—¿Me ha seguido usted? —se atrevió a inquirir.

—Sí. Y no olvide lo que le he dicho. Dentro de un par de días volveré a visitarle y quiero que me de algunos detalles más sobre esa mujer.

—Quiere vengar a su hermano, ¿verdad?

Dink miraba al mar.

—Sí —dijo, después de un largo silencio—. No porque perteneciese a la SIP, eso es lo de menos. Hay otras cosas, muchas cosas que no quiero recordar...

Y volviéndose hacia Wolter, clavó su mirada en los ojos asustados del periodista.

—Si quiere seguir esta carrera triunfal que ha empezado ahora, siga mi consejo y avive los recuerdos de su memoria, Porque si no...

Se había puesto en pie: enorme, macizo como una roca.

—Otra cosa —dijo— aún no vaya con esto a la Policía, no le serviría de nada. Y si yo me entero que los detalles de la mujer que recuerde los comunica a otra persona, lo pasará mal...

Se alejó a grandes zancadas, hasta el sitio donde había dejado el coche, no lejos del vehículo del periodista.

Éste le siguió con la mirada, viendo aquella enorme silueta destacarse sobre la arena. Y, sin poderlo, evitar, volvió a estremecerse, poniéndose, a su vez, en pie, pensando que estaba mucho mejor en la redacción, a la que regresó a toda velocidad.

* * *

Pete se volvió a los otros.

—Ése es su coche, muchachos.

Puso en marcha el Chevrolet negro, monoreactor, siguiendo al Cadillac que acababa de pasar, como una exhalación, ante ellos.

Detrás, en el asiento posterior, Ted y Frank habían encendido sendos cigarrillos, dejándose caer en el muelle y cómodo asiento, mientras Pete conducía velozmente y con pericia.

Frank se incorporó un poco:

—¿Dónde crees que va ese pájaro, Pete? —inquirió.

Sin dejar de prestar atención a la circulación, que a medida que entraban en la ciudad se hacía más intensa, Pete exclamó:

—No lo sé. Pero no podemos dejar que se nos escape. El Consorcio está interesado en saber, a tiempo, lo que Dink quiere hacer.

—¿Tanto importa ese tipo?

—Sí. Puede llegar a ser un buen elemento para nosotros: un elemento formidable. Pero han tenido que probarle. Ya comprenderás que no podíamos fiarnos de un hombre que, hasta

hace poco, había sido uno de los mejores agentes de la Spacial International Police. Estamos acostumbrados a que la SIP nos juegue malas partidas y no es la primera vez que un agente se ha pasado al otro lado de la trinchera para acabar con los que, estúpidamente, confiaron en él.

—Entendido.

—Claro que el Consorcio no se chupa el dedo. Por eso se le ha querido someter a una prueba definitiva, ya que la SIP no llegaría nunca a dejar que uno de sus hombres cayese para facilitar un trabajo, sobre todo si el muerto era el hermano del tipo camuflado en nuestras filas.

—¿Y si fuera así?

—No. Conocemos demasiado a Callowan para saber que nunca haría algo semejante. Podéis estar seguros de que si Dink estuviera trabajando para el Servicio, no consentiría que la vida de su hermano fuese considerada como una baza más...

—Desde luego.

—Dink no es un hombre que aguante eso.

—Seguro.

Prestó Pete atención al vehículo que, después de atravesar la ciudad, se dirigía ahora, en plena zona norte, hacia el aeródromo.

—¿Lo veis? —inquirió, triunfalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Que el Consorcio no se ha equivocado.

—¿En qué?

—En que Dink sabe que Langer ha sido el autor de la muerte de su hermano y va ahora a coger el primer avión para Chicago.

—¿Para liquidar a Langer?

—Puede ser.

—¿Qué quieres decir?

—Que no debemos dejar que Doe eche la mano encima a Langer. Tiene unos métodos especiales para hacer hablar a la gente, y Langer no los resistiría.

—¿Entonces?

—Espera...

Detuvo su vehículo, al otro lado del aparcamiento donde se había detenido el de Dink, junto a las oficinas de la Compañía Aérea.

—Vuelvo enseguida, muchachos. Dejo el motor en marcha...

Cruzó la calzada, penetrando en el *hall*, repleto de gente. No le fue nada difícil ver la alta silueta de Dink, comprobando enseguida que se había puesto a la cola que había frente a la ventanilla donde decía «Chicago».

Sonrió, abandonando el vestíbulo.

Y una vez junto al coche:

—¡Lo que pensábamos! Está cogiendo billetes para; Chicago: ya no hay duda de que va a echar el guante a Langer. ¡Aprisa! Hemos de anticiparnos.

Y puso el vehículo en marcha.

* * *

Al ponerse a la cola, Dink siguió con la mirada fija en el espejo que había al fondo del vestíbulo. Así vio, poco después, cómo entraba el hombre que conducía el coche que le había estado siguiendo todo el tiempo.

Era curiosa la manera de andar de aquel tipo.

Y Doe recordó la marcha de un pato.

Lo vio detenerse, mirar hacia donde él estaba y después, precipitadamente.

Dink le imitó.

Una vez fuera, saltó en un «taxi», prefiriendo aquél vehículo vulgar a su vistoso y llamativo «Cadillac».

—¡Siga a aquel coche! ¡Una buena propina si no le pierde de vista!

—Descuide, señor.

El chófer demostró conocer su oficio. Y quince minutos más tarde se detenía ante el edificio de una Compañía particular de Cohetes Intercontinentales, que alquilaban vehículos para casos urgentes. Dink encendió un cigarrillo.

Luego, dirigiéndose al taxista:

—Lléveme donde hemos venido. Tengo el coche allí.

—Bien.

Durante todo el trayecto, Doe reflexionó profundamente, sin dejar de fumar, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo. Dio una espléndida propina al conductor del «taxi». Y en vez de dirigirse

hacia su coche, penetró en el «*hall*» de la Compañía, yendo directamente a la cabina telefónica donde marcó un número.

Instantes después, una voz, en el auricular, una voz melosa, preguntaba:

—¿Diga?

—Quiero hablar con Leo.

—¿De parte de quién?

—Soy Dink Doe.

—¡Un momento, señor Doe!

Hubo una pausa; después, la voz de Leo, con una tonalidad que decía de la emoción que la impregnaba, se dejó oír.

—¿Sí, Doe?

—¡Hola, Leo! Quería saber cómo va mi cotización... ¿bien?

—Pues... creo que sí.

Dink se mordió los labios.

—Voy a ir a verla ahora mismo.

—Bueno.

—Y quiero, cuando llegue ahí, saber a qué debo atenerme... De... fi... ni... ti... va... men... te... ¿Entendido?

—O. K.

—Hasta luego.

—Adiós.

CAPÍTULO VII



eo colgó el aparato; después, volviéndose a la muchacha.

—Viene hacia acá —dijo—. ¿Que quería?

—Saber cuál es su posición respecto a nosotros.

Penny frunció el entrecejo.

—¡Que me aspen si lo entiendo! Hace sólo unos minutos, Pete ha telefoneado, diciendo que Dink había cogido un billete para Chicago. Y ahora, que Pete y los otros han salido para allá, para eliminar a Langer, antes de que Dink le echase el guante, resulta que se ha quedado aquí.

—Ya te dije que este tipo no me gusta nada en absoluto.

Ella se encogió de hombros.

—¡Bah! Después de todo, me alegro de que venga aquí. Así se aclararán muchas cosas.

—¿Vas a quedarte tú también?

—Naturalmente. Tengo una noticia para él. ¡Veremos qué cara

pone!

—¿Es lo que te ha dicho el Consorcio hace un rato?

—¡No seas curioso, Leo! ¡Voy a cambiarme de ropa! Dink merece que me ponga un poco guapa. No quisiera; que se hiciera una idea equivocada de mí.

Salió, dejando solo a Leo, que encendió un cigarrillo, demostrando su nerviosismo al tener que encender tres veces el mechero para lograr inflamar el extremo de su pitillo aromático.

No le gustaba nada aquel asunto.

Las reacciones de Dink eran tan raras como inesperadas y justamente era aquello lo que le sacaba de quicio. Porque lo lógico hubiera sido que Doe hubiese cogido el avión o el cohete, yendo a arreglar las cuentas al asesino de su hermano.

Todo el mundo esperaba una cosa así. Y ahora, Dink se echaba atrás...

¿Por qué?

«¡Daría cualquier cosa por saberlo!» —se dijo Leo, de pésimo talante.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Se sobresaltó; paro, dominándose enseguida:

—¡Adelante! —gritó, quizás un poco demasiado fuerte, con un tono algo histérico en la voz.

Abrióse la puerta y la sólida figura de Dink apareció en el umbral, penetró en la estancia, cerrando tras sí.

—¿Qué hay, Leo?

Se estrecharon la mano y Doe se sentó en uno de los cómodos sillones.

Luego:

—Estaba dispuesto a ir a Chicago...

—¿Sí?

—Sí. Ya comprenderás que reconocí a Langer nada más ver la foto. Tuve que ver con él cuando estaba en la SIP.

—¿Y por qué no has ido?

Dink se encogió de hombros.

Y mirando fijamente, a los ojos a Kimball:

—Porque conozco a Langer —dijo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que sé que es un pobre tipo: un asesino a sueldo. Puede

esperar para recibir lo suyo. Lo que ahora me interesa es saber quién ha sido el que le ha encargado el «trabajo».

Kimball tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no palidecer.

Y con un hilo de voz:

—¿Crees que ha habido alguien que le ha ordenado matar a...?

—Seguro. Y es ése quien me interesa.

Leo tragó saliva. Con esfuerzo y dificultad.

—Tienes razón Dink.

—Desde luego. Pero dejemos eso: es un asunto que puede esperar. ¿Qué hay de lo mío?

—¿De lo... suyo?

La voz había sonado junto a la puerta, que se había abierto silenciosamente.

Doe se volvió.

Penny estaba allí, apoyándose en el umbral, con la otra mano sobre la cadera que el traje de noche negro dibujaba con una precisión completa. El traje tenía una abertura lateral que dejaba a la vista una amplia zona de la pierna, encerrada en la brillante funda de una media gris ahumado. De cintura para arriba, el traje seguía cumpliendo el deber que el modisto le había impuesto: el de demostrar que la anatomía de su poseedora no estaba dispuesta a dejar que los observadores pudieran tener la menor duda en cuanto a la perfección de la línea, tanto cuantitativamente como cualitativamente.

Cantidad y calidad.

¿Qué más podía pedirse?

Ella, después de asegurarse que había causado el electo que esperaba, cerró la puerta, avanzando hacia los hombres, demostrando ahora que la «dinámica» no tenía nada que envidiar a la estática de los momentos antes.

Se sentó, frente a Dink. Al menos hizo lo posible por sentarse, ya que el ex agente de la SIP temió, en todo momento, que el traje cediese ante un esfuerzo para el que, evidentemente, no había sido hecho.

—Me llamo Penny —dijo.

Dink asintió con la cabeza.

—Encantado de conocerte, Penny.

—Eso espero... —rió ella— aunque es pronto para decirlo.

Y volviéndose a Leo:

—¿Quieres dejarnos solos, amigo? No te molesta, ¿verdad?

Kimball se puso apresuradamente en pie.

—¡De ningún modo, preciosa!

Tendió la mano a Dink, que se la estrechó, sin moverse.

—Nos veremos, ¿eh muchacho? —Inquirió.

—Seguro.

Un silencio completo se apoderó del ambiente hasta que Kimball desapareció.

Después, ella:

—Tenía muchas ganas de conocerte personalmente, Dink.

—Ya me conocías, Penny. ¿Por qué intentar engañar a un viejo zorro como yo...?

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando hablé con Leo, hace poco, en esta misma habitación, tú estabas allí, escondida detrás de esas cortinas.

Los ojos de ella se abrieron, reflejando su rostro una expresión de sincero asombro.

—Olvidas —dijo él— que he sido policía antes, de... lo que soy ahora.

—¡Eres sencillamente maravilloso, Dink! Te admiraba, desde el otro día, pero nunca creí que mi admiración pudiese basarse en algo tan cierto.

—Eres muy amable. Pero aún no me has dicho por qué estamos solos.

—Soy yo el enlace normal del Consorcio.

—¡Ah! Eso me interesa.

—Desde luego. Pero también quiero yo saber por qué no has ido a Chicago. Oí algo desde el otro lado de la puerta...

—¡Mala costumbre, Penny! Veo que te gusta asistir a las reuniones, desde sitios ocultos. Bien: no he ido a Chicago porque creo que alguien ordenó a Langer lo que hizo. Y me interesa saber quién es.

—¿Sólo eso?

Doe enarcó las cejas, clavando la mirada de sus ojos acerados en los de la mujer.

—¿Es que sabes quién ha sido?

—Sí.

—¿El Consorcio?

—No. He hablado con ellos, hace un rato, y están enfadados por lo que se ha hecho sin su permiso, sin consultarles.

Dink inquirió:

—¿Entonces?

—Tiempo habrá de decírtelo. Ya comprenderás que no deseamos que te «líes la manta a la cabeza», como vulgarmente se dice. Queremos que empieces a trabajar, que nos demuestres lo que vales, que te inviertas en un «caid», en un jefe, en un «boss» de verdad.

Y sin cejar que él dijese nada:

—Todos comprendemos el dolor que te ha procurado lo ocurrido. Y lo lamentamos, prometiéndote entregarte el tipo que, pasándose de listo, cometió este horrible error. Tu hermano no nos importaba nada y si bien es verdad que andaba rondando a nuestro alrededor, metiendo las narices donde no le importaba...

Saltó como un tigre.

Cogiéndola por los brazos desnudos, la zarandeó.

Y sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, echándole en el rostro una respiración sobresaltada, como la de un fuelle:

—¡Basta! ¡No me hables más de él! Está muerto y es bastante... ¡No quiero que nadie me hable de él! ¡Nunca más! ¿Entendido?

Y la lanzó contra el sillón, donde ella cayó, llevándose las manos a los sitios donde se habían posado las del hombre y que habían dejado unas huellas rojizas.

Él se sentó a su vez.

Y Penny, mirándole, con una extraña sonrisa en los labios, ligeramente entreabiertos y anhelantes:

—¡Qué fuerte eres, Dink!

Doe no dijo nada.

Y ella:

—Nunca más volveré a hablarte de eso, Dink; te lo prometo.

—Gracias, Penny: mejor será así.

Hubo un silencio; luego, Doe:

—Si eres el enlace del Consorcio, ¿puedes decirme qué ha pasado con mi caso?

—Estás admitido.

—¿Y cuál va a ser mi trabajo?

—Nuestros planes eran encargarte de la distribución en Europa; pero, por el momento, no es posible.

—¿Por qué?

—¿No has leído los periódicos esta mañana?

—No.

—Lo comprendo. Debías estar harto de noticias.

—Es cierto.

—Bien. Se han descubierto los cadáveres de Morgan y su amiga. Hay sospechas de que él haya sido muerto con una «Lüger» de la SIP, lo que te señala especialmente. ¿Cómo no te deshiciste del arma, Dink? ¡Parece mentira que hayas cometido un error de esa clase!

—Tienes razón.

—El Consorcio, como puedes imaginarte, desea demostrarte su amistad y su protección. Y mientras pasa todo esto del asunto de Morgan, vas a ir a ocuparte de nuestros asuntos en Venus.

—¿Eh?

—Eso es lo mejor que podemos hacer. Saldremos esta misma noche.

—¿Saldremos?

—Sí. Voy contigo.

—¿Cómo... vigilante?

—¡No seas tonto! Nadie te recibiría allí, si no te acompañase. ¿Es que te molesta que sea yo quien vaya contigo?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Estaba pensando en que no podremos salir. La SIP vigilará todos los espaciódromos, sobre todo sospechando de mí.

—No te preocupes: no nos chupamos los dedos. Irás en la astronave protegido contra todo; incluso contra la SIP.

—Mejor es así.

Hubo un silencio.

Ella le miraba intensamente, entre sus largas y rizadas pestañas.

Luego:

—¿Quieres servirme algo de beber? ¡Tengo la garganta seca!

—Yo también...

Se levantó, yendo hacia el bar y volviendo, poco después, con dos vasos.

—No te he puesto soda —dijo, sonriendo.

Ella también sonrió:

—Has acertado. Siéntate aquí, a mi lado.

Obedeció.

Ella bebió un largo trago, dejando luego el vaso sobre una mesita vecina.

Y volviéndose a él:

—¡Bésame, Dink! Puedes hacerlo...

Los ojos de Doe, brillaban intensamente. Y pasando uno de sus brazos por la espalda de la mujer, la atrajo hacia sí, besándola.

Después ella:

—¡Siempre te imaginé así!, Dink querido: brutal, primitivo, diferente a los demás...

* * *

Donald Callowan, el jefe de la SIP, cerró el cajón de su despacho, después de echar una mirada de melancolía a su caja de habanos... a la que no podía tocar. Hasta que el asunto de las drogas se hubiera resuelto.

Era una costumbre que todos conocían y, aunque aparentemente infantil, se basaba en algo tan hondo como la idea que Callowan tenía del deber, considerando que ningún placer —y más que ninguno el que estuviese más arraigado— debía tener sitio en una mente destinada, por completo, a resolver algo.

¿Manías? ¿Fetichismo?

¿Por qué no?

No hay ser humano que no esté libre de ellos. ¡Y ay de quien no los posea!

Después de cerrar el cajón, lanzando un suspiro, se inclinó hacia el interfono:

—Haga pasar a esos señores, por favor.

—En seguida, señor.

Abrióse la puerta y dos hombres, irreprochablemente vestidos, los dos de unos cincuenta años, penetraron en el despacho. Callowan había abandonado su sillón y se adelantó, al encuentro de los recién llegados, estrechando las manos que éstos le tendieron.

—Tome asiento, señor gobernador... y usted también, señor

alcalde. ¿Han hecho buen viaje?

—Excelente —repuso Charles Hormen, gobernador de California

—. ¿No es así, Lewis?

El otro, Lewis Foster, alcalde de la ciudad de Los Ángeles, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Luego:

—Un viaje estupendo. Estos cohetes intercontinentales son maravillosos.

Callowan sonrió.

—Es cierto. Los he utilizado con frecuencia y son comodísimos y muy rápidos...

Cambió el tono de su voz, cuando se hubo sentado, de nuevo tras la monumental mesa:

—Ustedes dirán.

Fue Hormen quien «rompió el fuego»:

—Sí, es mejor que entremos en materia enseguida; señor Callowan. Le supongo enterado de lo que ocurre en California.

—¿Las drogas?

—Sí, pero además de eso, que esperamos resuelva usted cuanto antes, para bien del país y de la humanidad entera, hay la presencia de ese... ex agente, de ese granuja, que parece gozar de una impunidad completa.

—¿Se refiere a Dink Doe?

—Sí. Y como hemos visto que campa por sus respetos, sin que nadie se atreva a ponerle en su sitio, hemos venido el señor alcalde y yo, para que usted nos aclare una casa, importantísima para nosotros y para la tranquilidad de los que gobernamos.

—¿Qué es lo que desean saber?

El gobernador vaciló unos instantes, mirando a su acompañante; decidió después de una pausa:

—¿Está Dink Doe al servicio, de la SIP, o su expulsión fue tan cierta y definitiva como se anunció públicamente?

—Voy a contestar a esa pregunta con unas palabras que les sacarán, para siempre, de esa duda: He dado orden de detener a Doe, sea como sea, incluso si mis agentes se ven obligados a disparar sobre él.

Los dos sonrieron.

—Comprendo —dijo Hormen—; sin embargo, ¿cómo puede

explicarse la libertad de la que, hasta ahora, ha gozado ese poco recomendable individuo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que todos suponíamos que Doe sería procesado después de su expulsión.

—Entendido, pero permítanme decirles algo: No teníamos nada contra él, salvo el abandono de ciertas misiones que se le encomendaron...

—¿Y los golpes que propinó al agente que intentó detenerlo?

—Es cierto, íbamos a intervenir y si no lo hicimos, ya que el agente se salvó, fue por consideración al hermano de Doe, a Robert.

—¡Pero Robert no existe ya!

—Desgraciadamente es cierto. Y fue, precisamente cuando él murió y antes de conocer la muerte de Morgan, que ya di orden de detención.

Hormen se puso en pie, imitado por el otro.

—Le damos las gracias, señor Callowan. Ya comprenderá usted que debíamos informarnos de quien pudiera aclararnos seriamente este asunto. La Prensa no deja de atacarnos y deseábamos poder contestar a la curiosidad de los periodistas y, al mismo tiempo, tranquilizar, a nuestros conciudadanos.

—Lo comprendo perfectamente.

—Ahora, sabiendo que ha tomado la SIP definitivas riendas en el asunto, podemos estar tranquilos.

—Pueden estarlo. Dink será detenido y, si es necesario, muerto: ya no podemos tener piedad alguna con él. En cuanto a lo de las drogas, lamento, por el instante, no poder darles satisfacción inmediata. Pero pueden estar seguros de que seguimos trabajando en el asunto.

—Tenemos plena confianza en la Spacial International Police, señor Callowan. Sabemos que ella terminará por dilucidar todo y castigar a los culpables.

Donald echó una rápida mirada al cajón de su despacho.

—No duden de ello.

CAPÍTULO VIII



mbos iban en un helibús particular, que ella conducía con una habilidad manifiesta. En realidad, sólo permanecieron un poco en la ciudad, al llegar a Venus, saliendo inmediatamente hacia las zonas templadas del sur del planeta.

Ella estaba radiante y su belleza parecía haberse hecho más exuberante, como si desde que conocía a Dink hubiera cobrado algo de la sólida personalidad de éste.

Durante los primeros minutos del viaje en helibús, Doe no dijo nada, limitándose a observarla, sonriente, viéndola manejar aquel vehículo con una soltura verdaderamente magistral.

Luego, rompiendo el silencio que sólo desgarraba levemente el zumbido apagado de los servorotores atómicos:

—¡Conduces muy bien, Penny!

—¿De veras?

—Sí. Y es raro que una mujer pueda llevar tan fácilmente un

vehículo de tanto peso.

Ella sonrió.

—Es la costumbre. He venido a Venus con mucha frecuencia y siempre, desde el principio, decidí que quien debía de conducir era yo.

—¿Vamos muy lejos?

—A unas quinientas millas. Allí están las plantaciones.

—Es curioso que el gobernador de Venus no os haya impedido el cultivo de una planta tan peligrosa.

Se volvió hacia él.

—A veces —dijo, sin dejar de sonreír—, eres como un niño grande, Dink. ¿Cómo es posible que supongas que no hemos tomado las precauciones debidas? ¿Sigues creyendo que el Consorcio no sabe lo que se hace?

—No es eso, querida —protestó él, sonriendo también—. Debes perdonar mi ignorancia.

—Te perdono, cariño. Pronto te explicarás todo... lo que debes saber.

—¿Cómo? ¿Aún no soy de vuestra confianza?

—Lo eres, lo eres... pero hay cosas que constituyen la base de nuestro negocio, el secreto mayor sin el que todo se vendría abajo. Ya sé que eres de los nuestros y por mí, amor mío, lo sabrías todo. Pero como quiero demostrarte mi confianza por entero, voy a decirte que el Consorcio me ha ordenado lo que debo enseñarte y lo que no debes conocer. ¿Te das cuenta de que te digo la verdad?

—Sí, querida. Y te agradezco, de veras, tu franqueza. Después de todo, ¿qué me importan a mí vuestros secretos? Lo que deseo es regresar a la Tierra, contigo naturalmente, para poder dedicarme al trabajo y aumentar un poco más mis ingresos. Recuerda que desde mi expulsión de la SIP, pocos créditos he ganado.

—No te preocupes por eso. Mis amigos arreglarán todo y harán que el asunto de la muerte de Morgan no tenga ninguna relación contigo.

—¿Cómo es posible? ¿Es que olvidas que las balas que encontraron en el cuerpo de Ernie eran las de mi «Lüger»?

—No he olvidado nada. Tú sí...

—¿Yo?

—¿No me diste el arma hace unos días?

—Sí, pero...

—Nada de peros. Te pedí la «Lüger» y te di una pistola a cambio. Te dije entonces que no deseaba que cometieses más errores con aquella arma. Y, en realidad, sigo sin comprender cómo un hombre como tú pudo usarla contra Morgan, sabiendo que las balas eran una prueba irrefutable contra ti.

—Tienes razón, pero quizá fue... ¡Qué sé yo! Un poco de romanticismo idiota hacia la pistola: hacía mucho, muchísimo tiempo que la llevaba conmigo y no me decidía a deshacerme de ella.

—Si la querías conservar como recuerdo, cosa explicable, podías haberla guardado en cualquier sitio y emplear otra.

Dink se encogió de hombros.

—No me di cuenta hasta que Morgan cayó.

—Ya lo sé. Y siguiéndote hablando con franqueza, el que disparases contra Morgan con tu pistola reglamentaria hizo que el Consorcio siguiese dudando de ti. Hasta puedo decirte que ese detalle se les ha clavado como una espina y que, cuando salimos de Los Ángeles, todavía no estaban plenamente convencidos de tu lealtad, aunque sus dudas eran ya de menor cuantía.

—¡Que se vayan al infierno! Si no creen en mí, que me dejen tranquilo en mi sector... ¡Yo les demostraré que nadie tocará mis asuntos en Los Ángeles!

—¡Ya vuelve a salir el Dink batallador y cabeza dura! No seas terco, cariño. Es mucho mejor así, ya que si te dejaran solo, la SIP, con las pruebas que ahora tiene, no tardaría en echarte la mano encima o acribillarte a balazos en cualquier parte.

—Tienes razón.

—No te preocupes. Las nubes de duda que el Consorcio tiene aún se habrán disipado por completo a estas horas.

—Mejor. Y hablando del asunto Morgan, ¿cómo piensan arreglarlo?

—Muy fácilmente. Un borracho se presentará en cualquier Puesto de Policía, diciendo que fue él quien disparó contra Ernie. Llevará su pistola y sólo sus huellas se verán en ella. Porque, aunque cometiste el error de servirte de la «Lüger» tuviste, al menos, el cuidado de no dejar huellas en aquel apartamento donde te veías con Ketty... ¡La muy víbora! ¡Si Morgan no la hubiese

matado, la arrancaría yo ahora los ojos!

La miró, sonriente.

—¿Celos?

—¡Calla, vanidoso!

Pasaron unos instantes y ella, que se había puesto súbitamente seria, dijo, sin volverse hacia él:

—Nunca supe lo que eran celos... hasta ahora. Puedes creerme, Dink. Jamás tomé en serio a ningún hombre; pero contigo es distinto. Y no vayas a creer que mataría sólo a mi rival... ¡Te mataría a ti! Como fuese; de espaldas, a traición, como pudiera..., pero te mataría. Y puedes estar seguro de que no exagero ni te miento.

—Ya sé que eres una fierecilla. ¿O es que crees que no me he mirado al espejo?

Ella se volvió, con los ojos brillantes, mirando las huellas que sus uñas habían dejado en el rostro de Dink. Y con una voz que era como un silbido, entre dientes:

—¡Ojalá pudiera marcarla con algo indeleble! ¡Con fuego! Para que todo el mundo supiese que me perteneces...

—¡Eh, alto ahí, princesa! Creo que exageras un poco. ¿No crees que tu amor tiene algo que ver con lo que un ganadero experimenta por sus reses?

—¡No digas más bobadas, querido! Estaba hablando en serio...

Y cambió la conversación, dejando que ésta se deslizase por caminos menos peliagudos.

Más tarde:

—Mira —dijo, señalando una serie de rústicas construcciones que se veían en la zona rocosa que estaban atravesando—. Ya hemos llegado.

Iba él a decir algo, pero se contuvo, dejando que Penny maniobrara hasta posar el helibús en las cercanías de los barracones.

Un grupo de hombres acudió, corriendo, encargándose, sin decir palabra, de ocultar el aparato en uno de los barracones, en cuanto sus ocupantes lo hubieron abandonado.

Dink y la muchacha se dirigieron a uno de los edificios de madera.

Un hombre alto, delgado, con las sienes canosas y un brillo

febril en sus ojos grises, les esperaba en la puerta. Saludó afectuosamente a la muchacha y miró, con una luz interrogante en las pupilas, al ex agente.

—Te presento a Dink Doe, profesor.

Se estrecharon la mano y penetraron todos a la sombra del interior, donde unos ventiladores intentaban vanamente despejar la bruma calurosa que caía del cielo.

Penny y Doe se sentaron juntos y el llamado profesor les sirvió una bebida, dejándose caer, a su vez, en un sillón.

—Miriam llegó hace dos días —dijo.

—Lo sé. ¿Has preparado algo?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Doce.

—Esta vez me llevaré yo cuatro.

El hombre sonrió.

—¿Es, que tienes miedo, Penny?

—¡No digas estupideces!, Shelley Ya sabes que es completamente imposible que descubran nada. Pero la última vez molestaron bastante a Fay...

—¿Qué le hicieron?

—La tuvieron a ella y sus perros, durante más de una hora. Creo que la confundieron con su hermana, cosa normal ya que son gemelas. Pero lo cierto es que les extrañó aquel ir y venir con tantos, perros.

—¿Y qué? Pueden sospechar todo lo que quieran... es ganas de perder el tiempo.

—Ya lo sé. Hicieron que los animales pasasen por un pasadizo y estoy segura que les hicieron radiografías y qué sé yo que más. Luego los dejaron tranquilos.

—¡Naturalmente! ¿Qué pueden sospechar esos imbéciles? Aunque los hiciesen pedazos, jamás descubrirían nada.

—Desde luego. También me han dicho que vayas preparando un envío grande. Este muchacho va a encargarse de la distribución en Europa.

—¡Ya era hora de que saliésemos de la estrechez del mercado americano! Siempre dije que estábamos perdiendo el tiempo.

—Sí, pero sabías también que necesitábamos tener el sector

norte de la ciudad con nosotros.

Shelley preguntó:

—¿Y Morgan?

—Éste lo liquidó.

Shelley miró, desde entonces, a Dink, con mayor simpatía, perdiendo la expresión de dureza con la que, hasta entonces, se había fijado en él.

—¡Bien hecho, muchacho! Morgan era un incapaz, pero no podíamos meternos con él así como así. Sobre todo, desde que me dijeron que había contratado un renegado de la SIP...

Saltó Penny:

—¡Por Dios, Robinson! ¡Le tienes ante ti!

Shelley se echó a reír, a carcajadas.

—¡He metido la pata! Lo lamento, muchacho, pero no sabía que... ¿Así que eres tú aquel célebre tipo que se puso a trabajar con Ernie?

—Sí. Y creo que le conozco a usted.

—¿Eh?

—¿No es usted Pat Tomber?

El hombre se puso pálido, como el papel. Había cerrado los puños y sus ojos adquirieron un brillo extraño.

—¿Cómo lo sabes?

Dink sonrió.

—No debe preocuparse, amigo —repuso—. Cuando estaba en la SIP, repasé, centenares de veces, los archivos. Y puedo decir, sin pedantería, que poseo una excelente memoria.

El tono ronco de la voz del otro no varió nada al inquirir:

—¿Qué sabes, exactamente, de mí? ¡Dímelo todo!

—¿Lo cree necesario?

Antes de que pudiera evitarlo, el hombre se había puesto en pie y empuñaba una pistola.

—¡Quiero saberlo todo! No me gusta que haya gente a mi lado que sepa cosas sobre mí que yo ignoro... —sonrió, salvajemente—. ¡Me quitaría el sueño! —añadió—. Y ya duermo demasiado poco.

Dink no había mostrado ningún sobresalto y ni siquiera miró la pistola, limitándose a encogerse de hombros.

—Como usted quiera, Pat...

Y después de una pausa:

—Usted trabajaba, como bioquímico, en la Central de Lanús «Cowerling». Estaba usted encargado del laboratorio de conversión y teñido... Trabajaba mucho y solía quedarse muchas noches, ya que se dedicaba, por cuenta de la Casa, a investigaciones difíciles. Una de esas noches, el demonio de la ambición le picó y saliendo del laboratorio se dirigió usted a los departamentos comerciales, exactamente a la caja. Sabía usted que el cajero estaba haciendo el balance de pagos y que había una fuerte cantidad de dinero en el cofre... ¿Sigo?

—¡Sí!

Fue como el silbido de una serpiente.

—Bien, como quiera: Usted sorprendió al cajero que, oyendo pasos, sin saber de quién eran, tuvo tiempo de cerrar el cofre. Entonces, al entrar usted y darse cuenta de que el tipo había obrado con cautela, se echó sobre él, que era más viejo que usted y mucha más débil, y le torturó horriblemente, arrancándole un ojo hasta que consiguió que le diese la clave de la combinación... Se llevó usted un millón y medio de créditos... y desapareció antes de que la SIP pudiera echarle el guante. Ésa es todo.

Una sonrisa extraña flotaba ahora en los labios del otro.

—¡Magnífica memoria, en verdad! Nunca creí que un asqueroso polizonte supiera tanto de mí. Ahora veo que no podré regresar nunca a la Tierra.

—Yo no se lo aconsejo, Pat.

—¡No me llames así, imbécil! Me llamo, ahora, Shelley Robinson...

Y volviéndose a la muchacha:

—¿Es que no os habéis dado cuenta de quién es este tipo? ¿Creéis que es de los nuestros?

—El Consorcio lo ha admitido —repuso ella.

—¡El Consorcio! ¡El Consorcio! Ellos no tienen que temer nada. Nadie les conoce y se limitan a llamarte por teléfono y a recibir tus llamadas, con un número que no les compromete en absoluto. Pero para mí es distinto. ¡No podré vivir tranquilo sabiendo que hay un tipo que sabe quién soy a mí alrededor! Además, no me fío... Por mucho que haya renegado, un polizonte, y más de la SIP, no deja de sufrir la influencia del medio en el que ha vivido siempre. Y, tarde o temprano, puede sentir ganas de congraciarse con el Servicio y

entregarme para que se convenzan de que deben perdonarle.

—¡No seas imbécil! —aulló la muchacha—. ¡Dink es de los nuestros! ¡Ha soportado todas las pruebas! ¡Incluso la muerte de su hermano, sin pestañear!

—¿Qué me importa a mí lo que haya soportado? Lo que te ocurre a ti, víbora, es que te basta que un hombre te ponga la mano encima para que te conviertas en una perra esclava, capaz de lamer la mano de un enemigo como éste. ¡No estoy dispuesto a que salga vivo de aquí!

Doe no decía nada.

Seguía sentado, con los ojos fijos en el otro, no perdiendo ni uno de sus movimientos.

Sin hacer caso de los insultos que el otro le había dirigido, Penny, percatándose de la gravedad de la situación:

—¡No seas idiota, Shelley! Si matas a este hombre, el Consorcio no te lo perdonará nunca...

—¡El Consorcio! ¡Te llenas la boca cuando hablas de esos imbéciles! ¿Qué sería de ellos si ya no hubiese mi trabajo? ¿Cómo llegaría la droga a la Tierra? ¡Banda de idiotas!

—Ellos te sacaron del aprieto en que estabas cuando, con él dinero, no sabías dónde ir. ¡Recuérdalo!

—¡Claro que lo recuerdo! Se aprovecharon de mi situación y se quedaron con todo lo que había cogido de la caja. ¡Menuda pandilla de indeseables! Me dijeron que iban a proporcionarme los medios de hacerme multimillonario... ¡Idiota que fui! Me dejé traer aquí y aquí llevo cinco años sin esperanzas de volver nunca a la Tierra. ¿De qué me servirían los millones que me han prometido, si me los diesen? No puedo regresar porque ellos o este tipo u otro cualquiera de la SIP, me denunciaría, llevándome a la cámara electrónica. ¡Menudo negocio hice escuchando tus consejos, víbora! Porque fuiste tú quien habló en nombre del Consorcio. Entonces, recuérdalo, yo era el hombre de tu vida, tu cariño, como me llamabas. ¡Bien sabe el Consorcio que tiene en ti su mejor aliado! Te sirves de tu belleza para hacer lo que quieres de los hombres. Y si este imbécil te ha creído, ya aprenderá... ¡No, no aprenderá, porque voy a matarlo ahora mismo!

—¡No hagas eso, Shelley!

—¡Shelley! ¡Puedes llamarme por mi verdadero nombre,

asquerosa bruja! ¡Lo sabes tan bien como este polizonte! ¡Me llamo Pat Tomber, sí! Aunque de poco va a servirte el saberlo, Dink Doe...

La tensión había llegado al máximo.

Y entonces, con voz tranquila, como si nada de aquello fuese con él:

—Escuche, Pat —dijo Dink—. Yo creo que Penny tiene razón.

—¿Sí?

—Sí. Mi muerte, por lo que he oído, no le servirá para nada. El Consorcio se vengará de usted, denunciándole...

Pat lanzó una carcajada.

—¡No harán eso, idiota! El Consorcio me necesita: soy la base de la organización y nada puede hacerse sin mí. Una vez desaparecido yo, todo se vendrá al suelo. ¡Qué te lo diga, sino, esa serpiente que tienes a tu lado!

Penny, que había palidecido:

—Es verdad, Pat. Tú eres lo más importante.

—¿Lo oyes, polizonte? ¡Eres muy listo y has engañado a estos idiotas! ¡Pero no a mí! Por eso voy a matarte. Porque, después de todo, si algo ocurre, yo seré quien reciba el mayor castigo... ¡Vas a morir!

El sexto sentido de Doe le previno, como muchas otras veces.

Así, sabiendo que Pat se había decidido a apretar el gatillo, se hizo a un lado, con la rapidez de un rayo, oyendo silbar la bala cerca de su cabeza, Pero aquel movimiento no había sido más que el primero de una serie que terminó al lanzarse el cuerpo de Dink sobre el de Pat, que cayó hacia atrás.

Todo parecía resuelto hasta que el diabólico «profesor» logró escaparse, levantándose, separándose de Dink, que estaba en el suelo y extendiendo el brazo armado hacia él.

¿Cómo logró Doe sacar su arma y disparar antes que el otro?

Penny, que parecía asistir al desarrollo de una pesadilla, no lo comprendió nunca.

Llevándose las manos a la cabeza, donde, entre las cejas, se había alojado el proyectil, Pat giró, como una peonza, antes de desplomarse, sin vida, en el suelo.

Dink se puso en pie.

Penny, blanca como el papel, le miraba, con los ojos desorbitados.

—Lo siento —dijo Doe—. No pude hacerlo mejor...

La voz de la mujer sonó débilmente.

—No sé si el Consorcio podrá perdonar esto, Dink.

—¡Al infierno el Consorcio, Penny! Desde ahora, trabajaré solo. Y si hay una carga de droga aquí, me la llevaré y la venderé por mi cuenta.

—Tienes razón, querido —dijo ella, con el mismo tono de voz—. Ha llegado el momento de romper con todo el mundo. Iremos a ver a la rubia y saldremos inmediatamente para la Tierra. Es lo mejor que podemos hacer.

—Desde luego.

Ella se acercó y alzándose de puntillas, le besó en los labios.

Y fue en aquel momento, cuando ella le dio el beso, que Dink comprendió que aquella caricia era como un aviso. Porque los labios de la mujer estaban helados, fríos como los de una muerta... o como la degustación de lo que podía ofrecer la misma Muerta.

CAPÍTULO IX



l salir del espaciódromo de Los Ángeles, encontraron a la otra hermana gemela, idéntica copia de la que había viajado con ellos, que les esperaba junto al coche, con un remolque atado atrás.

Durante el viaje, apenas si habían hablado, procurando evitar, por todos los medios, rememorar nada de lo que había ocurrido en el barracón.

Ahora, Penny fue la que tomó la palabra dirigiéndose a las hermanas:

—Vosotras —dijo— volved a casa y esperad órdenes.

Miriam y Fay asintieron.

Subiendo al vehículo, Dink tomó el volante.

—¿Dónde vamos? —inquirió.

—A una casa de campo que poseo en los alrededores.

—Bien.

Los perros —doce en total— que habían sido examinados y

revisados en la Aduana, iban en el remolque y no hicieron ningún ruido ni ladraron en el camino.

Parecían conocer de sobra aquel «trabajo».

Media hora más tarde, el vehículo penetraba por un camino arenoso que terminaba ante una casa enorme, de dos plantas, completamente rodeada de frondoso bosque.

Dink, siguiendo las instrucciones de la muchacha, ayudó a ésta a colocar los perros en una serie de jaulas que había en un hangar vecino a la casa.

Luego, ella, sonriendo.

—Ya nos ocuparemos de ellos más tarde. ¿No quieres descansar un poco, querido?

—Me parece muy bien.

Penetraron en la casa y ella preparó un poco de café. El interior ofrecía un lujo cuidado y sin estridencias, demostrando el buen gusto y las refinadas costumbres de la propietaria.

Sentado en un diván, Dink encendió un cigarrillo, esperando que ella le sirviese el café. Y cuando estuvo hecho, Penny se dejó caer, lánguidamente, junto a él.

—Vamos a empezar una nueva vida, querido... —musitó, apoyándose contra el hombre.

—Sí. Aunque el Consorcio no se alegrará de ello.

—¡Déjalos! Tú y yo podemos ser muy felices, lo demás no importa. ¿No es cierto?

—Desde luego.

Pasó ella el brazo por el cuello de Doe, atrayéndole hacia sí.

—Nunca quise a nadie como a ti, amor mío. No habrás hecho caso de las cosas horribles que dijo Pat, ¿verdad?

—He olvidado todo.

—¡Qué bueno eres!

Se besaron y ella, suspirando:

—¡Eres muy fuerte, Dink! ¡Nunca me cansaré de decírtelo!

La había tomado en sus brazos y sentía su cuerpo junto al suyo, palpitante, lleno de una vida joven y repleto de ansiedad.

—Quiero olvidarlo todo —musitó ella, a su oído—. ¡Todo! Sólo quiero saber que existes, que estás a mi lado, que te he sabido ganar, sin medir dificultades ni riesgos.

Su voz no era más que un murmullo. Y el calor de los labios de

ella quemaba la piel de Dink, como si un hierro candente se hubiera posado sobre él...

* * *

La habitación estaba silenciosa y completamente a oscuras.

Entreabriendo los ojos, Dink dejó que su espíritu alerta le despertase bruscamente, situándose ante la verdad, sin temor, sabiendo de antemano que el cepo empezaba a cerrarse.

Todavía sentía, a su alrededor, el embriagador perfume de la mujer. Pero sabía que ya no estaba allí y conocía, exactamente, el momento en que ella había abandonado la estancia.

Ésa era una de las particularidades del espíritu de Doe: poder adormecerse sin dejar, por eso, de que su famoso sexto sentido le previniese de todo, sin que ninguna sorpresa pudiera herirle a traición.

Esperó.

Era doloroso saber todo. La vida perdía mucho de su atractivo cuando se iba conociendo a los seres humanos, cuando se les etiquetaba fríamente, sin dejarse arrastrar por prejuicios ni sensiblerías.

Y así, en el difícil oficio que es el de un hombre de acción, a la piedad, forzosamente, debía ir dejando paso a un realismo que era la única arma de defensa en aquella jungla de pasiones incontenibles, de ambiciones codiciosas que nada ni nadie podía contener.

Recordó, sin saber por qué, por una simple y curiosa asociación de ideas, una Fiesta de Toros que había visto en España, hacía muchísimo tiempo. Y ahora, sin poderlo remediar, rememoró todos los detalles, comparando su situación a una corrida en la que él, el diestro, acabase de oír los clarines y timbales que anunciaban el último tercio.

¡Habían tocado a matar!

A partir de aquel instante, no quedaba otra solución.

¡Matar!

Fue entonces cuando su oído percibió los suaves pasos en el pasillo.

Dando a su respiración el ritmo que poseería la de una persona

profundamente dormida, dejó que sus sentidos despiertos no perdiesen detalle alguno de aquellos pasos, lentos, cuidadosos, que se iban acercando cada vez más.

Su mano derecha se hundió bajo la almohada, sabiendo que no podía levantarse para coger la pistola, la flamante pistola que Penny le había dado a cambio de su «Lüger» especial...

Sus dedos tropezaron con el mango del cuchillo que había dejado allí, sin que ella se diese cuenta.

Y se cerraron a su alrededor, sacándolo de su escondrijo y colocándolo, por último, a la altura de la cabeza, con el brazo flexionado.

Estaba boca abajo, preparado, con todos los músculos en tensión. Atento.

No le asustaba lo más mínimo la proximidad del peligro. Y aunque no podía afirmar, en modo alguno, la personalidad de la persona que se acercaba, sonrió, pensando que no podía haberse equivocado.

La puerta empezó a abrirse, lenta, cuidadosamente.

La oscuridad, en el pasillo, era tan intensa como en el interior. Y el silencio completo, salvo la respiración de Dink que proseguía su ritmo de siempre, medurado, reposado.

Como el de alguien que va a pasar, de la vida a la muerte, sin aperebirse de ello.

Cuando la puerta terminó de abrirse, la mirada de Dink, con los ojos abiertos por completo, adivinó, más que percibió, la silueta que acababa de aparecer en el umbral.

Se detuvo ésta, moviéndose después, con cautela, acercándose a los pies de la cama.

Entonces...

El brazo derecho de Dink salió disparado como un resorte de acero y el cuchillo silbó, muy poco, mientras cubría, como un rayo, la corta trayectoria que le separaba de su objetivo.

Un ronco grito se dejó oír, antes de que otro, el de un cuerpo que se desplomaba, desgarrase por completo la inquietud que, hasta entonces, había reinado sobre la estancia.

Dando un salto, Dink salió del lecho, encendiendo enseguida la luz.

No se extrañó nada al ver el lindo cuerpo de Penny que yacía en

el suelo. El mango del cuchillo le salía del pecho.

Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y Dink creyó, por un momento, que ella le miraba, aunque más que reproche había en sus pupilas asombro, sorpresa, incredulidad.

Doe se vistió aprisa, volviendo a pensar en la «corrida».

Porque, a sus oídos, obsesivo, interminable, seguía sonando el agudo clarín que pedía la muerte...

* * *

Pete repartió las cartas.

Después, cuando todos estuvieron servidos, dejó las suyas sobre la mesa y tras encender un cigarrillo dijo:

—Es raro que Penny no haya regresado aún.

—No te preocupes. Leo vendrá dentro de poco y nos dirá lo que tenemos que hacer.

Frank torció el gesto.

—Lo que nos interesa —dijo— es que el reparto se haga pronto. Tengo los bolsillos vacíos...

—¡No juegues tanto al «póker»! —replicó Ted, riéndose.

—Deja de decir idioteces —terció Pete—. Frank tiene razón. Nos han prometido que trabajaríamos con ese Dink Doe, en Europa, cobrando el doble que ahora.

—¡Ya tengo ganas!

La llegada de Leo hizo que la partida se detuviese.

Y el recién llegado, acercándose a la mesa:

—¿Ha llegado Penny? —inquirió.

—Eso era lo que estábamos preguntándonos ahora mismo —replicó Pete.

Leo frunció el ceño.

—Es raro —dijo, después de una pausa—. La astronave llegó hacia las cinco, hace ya cerca de cuatro horas. Por lo menos, debía haber telefoneado.

Pete rió.

—Ya sabes que cuando la chica está al lado de alguien, nunca tiene prisa.

Kimball, sin contestar nada, se mordió los labios.

Luego:

—Esperaremos media hora más. Si no viene, iremos por ella.

—¿Te atreverías? —inquirió Frank, guiñando el ojo—. Creo que no le gusta que se la moleste en determinados momentos.

—¡Tampoco le gustará al Consorcio que le hagan esperar tanto! Todo lo que se ha recibido ahora constituía la primera expedición para Europa.

—¿De veras que nos iremos pronto para allá?

—En seguida.

Unos pasos firmes se dejaron oír al otro lado de la puerta. Y, como por ensalmo, Pete, Ted y Frank sacaron a relucir sus pistolas.

Llamaron.

Acercándose a la puerta, Leo inquirió:

—¿Quién es?

—Yo, Doe —respondieron.

Los otros guardaron las armas y Kimball abrió, dejando que el ex agente pasase.

—¿Y Penny?

—Se ha quedado en la casa.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Crees que me cuenta todo? Me dijo que viniese aquí y esperase.

—Bien, siéntate.

Obedeció Dink, dejándose caer en una de las sillas.

Leo era el único que estaba en pie y se paseaba, nervioso, inquieto, de un lado para otro.

Cuando el teléfono sonó, dio un verdadero salto hacia el aparato. Y su rostro expresó temor y respeto al oír la voz que, sólo algunas veces había escuchado, cortando siempre el otro al darse cuenta de que no era la muchacha la que se ponía al aparato.

Pero esta vez iba a ser distinto.

—¿Leo?

—Sí...

Estaba emocionado de que ellos, el Consorcio, le llamasen por su nombre.

—¿Estás solo?

—No.

—Contesta sólo de esa manera: sí o no. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Está Pete?

—Sí.

—¿Y Frank?

—Sí.

—¿Y Ted?

—Sí.

—¿Hay... alguien más?

—Sí.

—¿Doe?

—Sí.

—Bien: escucha ahora con atención: hemos pasado por la casa... Penny estaba allí, muerta. Con un cuchillo clavado en el pecho.

Leo no dijo nada, pero su rostro palideció.

—Doe la ha matado. No hay duda alguna. Cuando llegamos allí, no podíamos explicarnos nada de lo que había ocurrido. Cablegrafiamos a Venus, urgente. Uno de los hombres de los cultivos nos dijo que el profesor había muerto, con una bala entre las cejas. ¿Recuerdas cómo murió Morgan?

—Sí.

—Es la marca de Doe. Nos ha engañado.

—¿Es qué...?

—¡Calla, imbécil! Te he dicho que contestes «sí» o «no».

—Sí.

—No, no trabaja para la SIP, de eso podemos estar seguros. Lo que ocurre es que desea hacerse el dueño de todo. Con lo que han traído los perros esta vez hay para llenarse los bolsillos.

—Sí.

—Escucha bien. Tenéis que matarlo, pero tened mucho cuidado: es un zorro. Dale confianza, cuéntale lo que quieras y haz que los otros comprendan que deben acribillarlo. ¿Entendido?

—Sí.

—Obra con cuidado. Te damos media hora para terminar el asunto. Dentro de treinta minutos llamaremos otra vez. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Di algo ahora sobre Penny y cuelga...

Kimball tragó saliva.

Luego dijo:

—Estoy seguro que Penny no tardará. Adiós. Pueden llamar dentro de media hora.

Y colgó.

Había un montón de gotitas de sudor en la raíz de sus cabellos. Y para dominarse, fue a servirse un «whisky», volviendo después, con el vaso medio vacío.

Miró a Dink.

—Era el Consorcio —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tienes que prepararte para salir con éstos para Europa. Me han autorizado a explicarte todo.

—De acuerdo.

—Ya has podido sospechar que pasamos las drogas con los perros.

—Sí, pero no sé cómo.

—¡Sencilísimo! ¿Eh, muchachos?

Los otros rieron, orgullosos, mirando a Doe como si les divirtiese su ignorancia.

—Ya sabes que los de la Aduana revisan los perros, los pasan por los Rayos X, para evitar que hayan tragado cápsulas que contengan la droga... ¡Pobres imbéciles!

—¿Cómo lo hacéis?

—En el pelo.

—¿Eh?

—Es un procedimiento inventado por el profesor. Era una autoridad, en otros tiempos. La droga la produce una planta que tiene mucha semejanza con el algodón y da unos copos amarillentos, como capullos. El profesor convierte esos capullos en pedazos de pelo, tifiéndolo con el color conveniente. Luego, sencillamente, los coloca sobre trozos de piel que injerta a los perros, de modo que nadie pueda darse cuenta de la diferencia entre el pelo verdadero del animal y lo que no lo es.

»Llegados aquí, nosotros nos encargamos de afeitar la parte falsa, extrayendo luego la droga. De una zona de ocho centímetros cuadrados sale la “venusina” suficiente para dos mil ampollas. Y uno de esos animales lleva a veces dos tercios de su piel convertida en falsa.

—¡Es muy ingenioso!

—Ya pueden los de la «poli» volverse locos. Ni con sus rayos ni con todos los aparatos pueden descubrir nada. Y la verdad es que el profesor era un tipo imponente...

¡¡¡«Era»!!!

Fue como si una sirena de alarma sonase, ensordecándolo, en el cerebro de Dink.

Pero nada demostró que acababa de cazar aquel gazapo fenomenal.

Su rostro siguió sonriendo y aunque no sorprendió los guiños que Leo hacía a Pete, ya que Kimball se había colocado a sus espaldas, no le hizo ninguna falta.

Era como si la música famosa siguiese sonando en sus oídos: aquel clamar de clarines y sonar de timbales.

No cabía la menor duda de que las cosas se precipitaban a toda velocidad. Y tampoco fue muy difícil percatarse de que la expresión de los tres hombres que estaban sentados junto a él había cambiado, de repente, como si algo invisible planease sobre ellos.

¡Seguían tocando, interminablemente, a matar!

CAPÍTULO X



ink... preguntó:

—Hay una cosa que desearía saber aún.

—¿El qué?

—Cuando estuve en Venus no vi las plantas esas por parte alguna.

—Se crían bajo tierra —explicó Leo—: en cuevas con una humedad que les es vital para su desarrollo.

—Comprendo.

Y se levantó, yendo hacia el bar.

—Tengo mucha sed —dijo, sonriendo.

—¡Bebe lo que quieras!

A Leo le convenía que el muchacho se volviese de espalda.

Dink se había acercado y cogió la coctelera. Así, en el reflejo plateado de ésta, pudo ver la imagen de los otros, a los que Kimball hacía señas, apremiantes que los otros terminaron por entender.

Fue en aquel preciso instante cuando Doe se dejó caer, haciendo girar, a una velocidad portentosa, su ágil cuerpo. La pistola había aparecido como por encanto en su mano y mientras las balas de los otros, furiosas, le pasaban por encima, destrozando botellas y vasos en el bar, él disparó, a su vez, con aquella puntería tan peculiar.

Uno, dos, tres...

Tres orificios entre ceja y ceja.

Leo, en pie, pálido como un muerto, miraba a Doe, como si no quisiera dar crédito a lo que acababa de ver.

Dink, incorporándose, se acercó a él.

—¡Mala suerte, Kimball!

El otro no dijo nada.

—Fue el Consorcio, ¿verdad?

Silencio.

La mano armada de Dink salió disparada, como una exhalación. Y el cañón de la pistola abrió una huella sangrienta en la mejilla del otro, que lanzó un gemido.

—¿Fue el Consorcio?

—Sí.

—¿Qué dijeron?

—Que querías hacerte el dueño de todo..., descubrieron el cuerpo de Penny...

Dink sonrió.

—También sabían lo del profesor, ¿verdad?

—Sí.

Hubo una pausa; luego Doe sentenció:

—Tengo que matarte, Leo.

El rostro del otro enverdeció.

—¡No! ¡No lo hagas, Dink! ¡Estaré a tu lado! Tú necesitas alguien que te ayude.

—¿Incluso contra el Consorcio?

Kimball temblaba como una hoja azotada por una fuerte brisa.

—No debías ponerte frente a ellos, Dink: son muy fuertes.

—No me importa. ¿Estás conmigo o contra mí?

—Contigo..., desde luego.

—Bien. ¿Cuándo van a llamar?

Leo echó una angustiada ojeada al reloj que había en la pared.

—Dentro de un par de minutos.

—Quieren saber si he muerto, ¿no?

—Eso es.

—De acuerdo. Escucha lo que vas a decirles. Y no olvides que estoy a tu lado, dispuesto a meterte una bala en el cuerpo si vacilas o haces algo que les prevenga de la verdad.

Escuchó el otro lo que Dink le decía y, momentos más tarde, cuando el teléfono sonó:

—¡No puedo, Dink! ¡Nos matarán! Ellos son más poderosos que nosotros..., ¡nos barrerán!

—¡Obedece!

Leo descolgó el teléfono.

Y la voz cruel e impersonal sonó al otro lado, aumentando su terror.

—¿Diga?

—Aquí, Leo.

—¿Qué hay?

Kimball balbuceó y Dink le hundió la pistola en los riñones.

—Ha... muerto..., todo está arreglado...

Colgaron al otro lado.

Sin comentario.

Dink, dándose cuenta, de que su plan había fallado, furioso, dio un empujón a Leo, lanzándole hacia el otro extremo de la estancia.

—¡Imbécil! ¡Cobarde! ¡Tú te lo has buscado!

—¡No! ¡Hoooooooo!

Doe oprimió el gatillo.

Como si hubiese recibido un brutal empujón, la cabeza de Leo salió proyectada hacia atrás.

Un orificio negruzco, del que empezaba a manar sangre, había aparecido en su frente.

Entre ceja y ceja.

Guardándose el arma, después de haber puesto nuevas balas en el cargador, Dink se acercó al teléfono, marcando un número.

Una voz firme sonó al otro lado del hilo.

—¿Diga?

Dink preguntó casi innecesariamente:

—¿Mendelson?

—Sí. ¿Quién es ahí?

—Doe.

—¡Santo Dios, Dink! ¡Ya era hora que te oyese! ¿Qué ocurre?
—¿Está Callowan por ahí?
—Ha salido hace unos momentos. Esperábamos tu llamada...
¿Qué querías?
—Ya he terminado todo. Limpieza general.
—¿Y el Consorcio?
—Tengo una idea de quiénes son.
—¡Habla!
—No. No me gusta hacerlo por teléfono. Cuando llegue Callowan, dile que os espero aquí.
—¿Dónde estás?
—En el «Blues». ¿Cuánto tardaréis?
—Una media hora, quizás algo más. ¿Hay alguien contigo?
—Cuatro «fiambres». El local está cerrado.
—Bien. Hasta ahora.
—Adiós.

* * *

Uno de los hombres bajó la palanca de la central de escucha. Luego, mirando al otro exclamó:

—¿Te das cuenta?

—Si.

Un silencio.

Después el primero inquirió:

—¿Qué vamos a hacer?

El otro cerró los puños. Sus ojos lanzaban llamas.

—¡Ir por él! ¡Hay que cerrarle la boca antes de que diga nada!

—Tienes razón. Tenemos media hora. Entraremos por la puerta secreta, la que nadie conocía, ni Penny siquiera.

—Vamos.

Abandonaron la casa, no sin proveerse de sendas pistolas, con sus correspondientes silenciadores. Un vehículo lujoso, al que subieron, tomando uno de ellos el volante, se alejó rápidamente hacia la ciudad.

Durante los primeros minutos de trayecto, ninguno de los dos despegaron los labios.

Pero después, uno de ellos dijo:

—¡Nunca creí que nos engañase de esta manera!

—Pues así es.

Una pausa.

Luego el primero continuó:

—¿Cómo es posible que haya soportado lo de su hermano, que lo haya admitido sin reaccionar?

—No lo sé. Hay cosas que no comprendo...

—Debimos empezar a sospechar cuando interrumpió su viaje a Chicago.

—Fue muy listo. Quizá, vio a Pete y a los otros, dándose cuenta de que siempre llegaría tarde para liquidar a Langer, ya que los otros iban a adelantársele.

—¡Ha jugado con nosotros!

—No escapará ahora. Si nos ha engañado, su castigo tendrá, además de lo que ha debido sufrir.

—¡Que me aspen si lo entiendo! ¿De qué están hechos estos tipos de la SIP?

—No lo sé.

Estaban ya en la ciudad y se acercaban al barrio donde estaba enclavado el «*Blues*».

—De todos modos —dijo uno de ellos—, y aunque el negocio se ha venido al suelo, quedan los perros en la casa de Penny: hay casi un valor dos millones de créditos allí.

—No está mal, pero hubiésemos ganado mucho más si ese canalla...

—¿No crees que hemos ganado bastante?

—Sí. Tienes razón.

Hubo una nueva pausa.

Luego:

—Cerrando la boca a este imbécil, nadie podrá sospechar de nosotros.

—¿Pero crees que sabe algo?

El otro le miró con rabia.

—¡Tuya es la culpa si lo sabe! Sólo Penny, en un momento idiota, pudo decirle que te conocía.

—Pero...

—¿A quién se le ocurre enamorarse de esa muchacha? Sabías cómo era y lo que podía dar de sí.

—Tienes razón, pero no pude... ¡Era tan hermosa!

—Sí, como una serpiente de cascabel. Debió decir algo a Doe y éste, aunque no conozca más que tu nombre, posee lo suficiente para hundir todo.

—¡Menos mal que no dijo nada por teléfono!

—Sí. Eso te demostrará que la prudencia, a veces, puede ser fatal.

Detuvo el coche en el callejón oscuro, bajando ambos.

Con las armas, en la mano, penetraron por un sótano en cuyo fondo se abría una puerta que daba a un largo pasillo. Y al final de éste, otra puerta que se abrió bajo la entrada de la orquesta.

La sala estaba oscura.

Sin hacer el menor ruido, los dos hombres subieron las escalerillas que les separaban de la sala. Y, en aquel momento, todas las luces se encendieron, apareciendo más de treinta agentes de policía armados con metralletas, a lo largo de las paredes.

Una voz resonó potente, dominadora:

—¡Levanten las manos y suelten las armas!

El gobernador Hormen y el alcalde Foster obedecieron.

Habían perdido la partida.

EPÍLOGO



allowan encendió uno de sus habanos, mirando, sin atreverse a hacerlo de frente, a Dink, que estaba sentado al otro lado de la estancia.

Donald tenía que decirlo.

Hubiese preferido cualquier otra cosa, por mucho sacrificio que hubiera entrañado, antes que tener que pronunciar aquellas palabras.

Pero no había más remedio.

Y con voz cortada por la emoción dijo:

—Ya sabes que lo lamento de veras, muchacho.

Ni un solo músculo se movió en el rostro impassible de Doe.

Pero su voz era cálida cuando repuso:

—Lo sé, señor.

Y el otro, animado continuó:

—Nunca pensábamos que Robert iba a sufrir el menor daño.

Contamos con todo, no olvidando detalle alguno, dando a tu «traición» una verosimilitud tal que ellos cayeron en la trampa.

—Es cierto.

—Pero olvidamos algo importante.

—¿El qué, señor?

—Que Robert era un ser humano y que quería, por encima de todo, a su otro hermano, al que había sido su héroe, al que deseaba imitar. Sólo así pudo esa mujer engañarle dos veces seguidas. Estaba como loco y por mucho que deseara olvidarlo no podía.

—Fue una fatalidad.

—¡Malditos! Tengo ganas de que sean condenados. Porque nadie evitará que les acompañe hasta la Cámara Electrónica. Quiero ver cómo mueren. Y puedes estar seguro de que no es crueldad ni sadismo.

—Lo estoy.

—Lo que deseo es verles morir, aunque no pagarán con la muerte lo que hicieron contigo. Nosotros creíamos que con las pruebas que les dábamos había suficiente; pero no: tuvieron necesidad de otra, inhumana, horrible, cruel, inconcebible: una prueba de sangre, de tu propia sangre, de la de tu hermano...

Hubo un silencio.

Y cuando Callowan iba a agregar unas palabras de sincero y sentido consuelo, Dink, levantando la cabeza, preguntó:

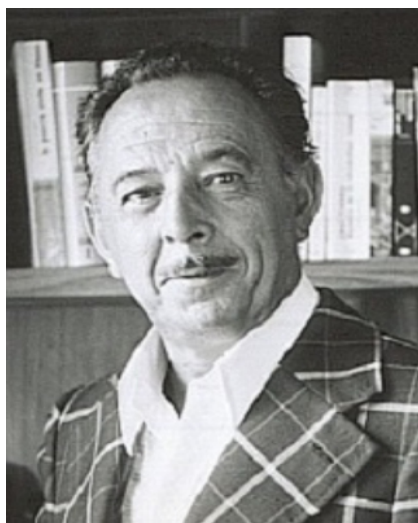
—¿Cuándo habrá una nueva misión para mí, señor?

Donald no pudo evitar una sonrisa.

Nada le hubiera hecho tanto bien como aquellas palabras.

¡Así eran los muchachos de la Spacial International Police!





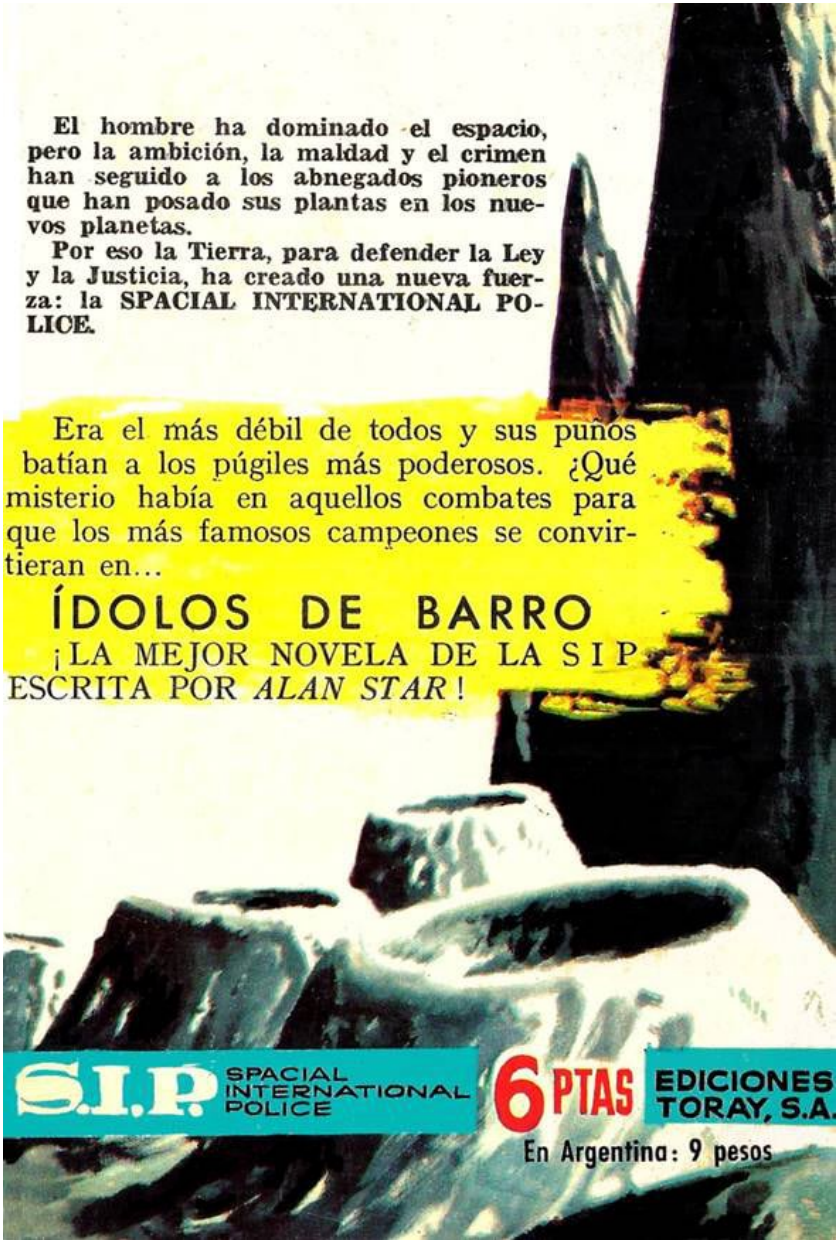
ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones... y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.

S. Th

els, W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons... El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Era el más débil de todos y sus puños batían a los púgiles más poderosos. ¿Qué misterio había en aquellos combates para que los más famosos campeones se convirtieran en...

ÍDOLOS DE BARRO

¡LA MEJOR NOVELA DE LA S I P!
ESCRITA POR ALAN STAR!

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos

Notas

[1] Entre las muchas maneras que tienen los agentes de la SIP de señalar su presencia para facilitar, en cualquier momento, el trabajo de sus compañeros, está el llamado «de las muescas», sencillo procedimiento de dejar grabadas las iniciales en un sitio determinado, cosa que se logra con una de las uñas, generalmente la del pulgar izquierdo, que ha sido tratada en el laboratorio del Servicio con una sustancia que las endurece hasta hacerlas cortantes y afiladas como el borde acerado de un cuchillo. < <

[2] «Milieu» es una palabra internacional qué significa el «medio» ambiente del crimen. Pero no sólo los delincuentes de baja estofa la usan, sino las altas organizaciones de los fuera de la ley. Por eso no corresponde a la traducción de nuestra palabra «bajos fondos». N. del E. < <

[3] Para defenderse contra las fuerzas de la Ley, los delincuentes de todo el mundo se reúnen en organizaciones potentes, dirigidas por verdaderos «genios» del delito. A esas organizaciones se les llama Consorcios. < <